

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

MARTE AÑO 5.000

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

MARTE
AÑO 5.00

glenn

CIENCIA FICC



**GLENN
PARRISH**

**MARTE
AÑO
5000**

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
82**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 211 – 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: MARZO, 1974

© **GLENN PARRISH** - 1972

texto

© **JOSE TRIAY**- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

—¡Sardno!

—¡Cordvil, amigo mío! ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos!

—En efecto, Sardno, hace mucho tiempo que no tenía el placer de saludarte.

Los dos hombres se estrecharon afectuosamente las manos, en medio de un ameno parque, no lejos de un estanque de agradable perspectiva, adornados los bordes con estatuas de corte clásico y graciosos templetes contruidos con blanco mármol.

—Resulta increíble lo que el tráfico de la vida actual puede apartar a un hombre de sus amistades —suspiró Cordvil.

—En efecto, este género de vida, si se prolonga, nos llevará al aislamiento absoluto. Pero, por fortuna, nos hemos encontrado y confío en que esto vuelva a suceder con más frecuencia.

—Así lo espero yo también, Sardno. Y ahora, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Oh, lo de costumbre. Nada de particular. Una existencia placentera, pero monótona. Como la tuya, imagino.

—La mía es monótona, pero placentera —dijo Cordvil, invirtiendo los términos—. No puedo quejarme, en efecto. ¿Sigues en tu mismo puesto?

—Sí. Hace algunos meses, sin embargo, me propusieron para un ascenso, pero lo rechacé.

—¿Por qué? Estimo que para un hombre resulta fundamental progresar en su esfera.

—Sí, pero no cuando el ascenso implica un cambio fundamental. Soy

sedentario. Tengo alergia a los viajes espaciales.

Cordvil miró sorprendido a su amigo. —No me digas que el ascenso comportaba tu traslado a Marte —exclamó.

—Así es, pero, por ahora, la Tierra sigue gustándome, más, en todos los sentidos.

—Sardno, la civilización marciana no se puede comparar con la nuestra —dijo Cordvil, en tono de reproche.

—¿Qué quieres? —Sardno se encogió de hombros—. Es cuestión de opiniones, Cordvil. —Indudablemente.

—Además, las cosas en Marte no están tan bien como parece. Hay cierta intranquilidad en los últimos tiempos.

—¿Te refieres a los problemas políticos? —Sí, justamente.

—Bueno, pero eso no nos afecta a nosotros en absoluto, Sardno.

—Cordvil, si yo hubiera ido a Marte, esos problemas sí me habrían afectado. Prefiero esta tranquilidad, créeme.

Cordvil hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, opino que tienes razón —dijo—. Que haya algunos marcianos que prefieran a un rey distinto del que hay ahora, no es cosa que deba importarnos a nosotros, a pesar de vivir en una colonia de Marte. Pero, la verdad, no acabo de entender un problema que, a mi juicio, no tendría por qué existir.

—Oh, así debería ser, si no fuese porque en Marte hay demasiada ambición. A muchos no les gusta que el rey sea su Muy Alta y Graciosa Majestad Bettil XVIII.

—Preferirían otro, ¿no?

—Así es, Cordvil. Bettil pertenece a la dinastía de los DeLur. Hay

quien sostiene que esa dinastía es ilegítima y que el trono pertenece a una persona del clan de los Uhl-Havvus. Antiguamente, a un estado semejante de cosas se le llamaba discusiones bizantinas.

—Pero yo no entiendo por qué unos sostienen a un pretendiente de la casa Uhl-Havvus. El rey reina, no gobierna. Por tanto, ¿qué beneficio pueden obtener?

—Siempre se obtienen, aunque indirectamente, por regla general, grandes beneficios —dijo Sardno con aire sentencioso—. Además, los de la casa Uhl-Havvus son muy numerosos, casi todos parientes entre sí. Si su pretendiente lograra el trono, el nepotismo estaría a la orden del día en Marte.

Cordvil meneó la cabeza pesarosamente.

—Hace más de tres mil años, una gran catástrofe extinguió toda la vida en nuestro planeta —dijo—. La suerte de la humanidad consistió en que había ya una próspera colonia en Marte, que no resultó afectada por la catástrofe. ¿Por qué resucitar métodos y títulos arcaicos?

—Tú lo has dicho bien, Cordvil —contestó Sardno—. Han pasado más de tres mil años y aquella colonia pobló y civilizó Marte. Andando el tiempo, concibieron la idea de darse un gobierno encabezado por una persona que estuviese por encima de todas las ideas, con todas las ideas y sin declararse en favor de una ideología particular. Entonces eligieron un rey. Lo demás, son derivaciones de ese régimen de gobierno.

—¿Incluso una guerra civil?

—No llegará a producirse, aunque tal vez se susciten ciertas alteraciones que apenas si trascenderán al público. Por mi cargo hubiera podido verme envuelto en esos problemas y de ahí mi negativa al ascenso.

—Ahora sí te comprendo, Sardno. Pero, en tu opinión, ¿son razonables las pretensiones de los del clan Uhl-Havvus?

Sardno hizo un gesto de indiferencia.

—Todo es cuestión de puntos de vista —respondió—. Lo que sí te puedo decir es que dentro de algunas semanas se celebrará la solemne ceremonia de la coronación de Bettil. No sé si sabes que en esa ceremonia actúa por privilegio especial, desde tiempo inmemorial, un miembro de la casa Uhl-Swurrzs, el jefe del clan, en realidad. Esa persona, hombre o mujer, es el que coloca la corona en las sienes del rey.

—Como en los tiempos antiguos —sonrió Cordvil.

—Exactamente. Es una ceremonia de mucha pompa, que todo el mundo puede presenciar, y la coronación significa la efectividad del título de rey.

—¿Qué pasaría si no se llevase a efecto esa ceremonia?

Sardno se encogió de hombros.

—Lo ignoro —contestó—. No se sabe de un caso presuntamente análogo, como el que acabas de citar imagino que el Gobierno tendría que resolver..., pero sería un problema para los políticos y no para nosotros.

—Es cierto —convino Cordvil—. Y, ¿sabes lo que te digo? Cada vez me gusta más ser ciudadano de la Tierra.

—De la colonia llamada Tierra —corrigió Sardno.

—Bueno, el yugo de Marte no es tan duro, ni mucho menos. Los impuestos son mínimos y nos permiten el autogobierno. El Gran Procónsul de Marte en la Tierra es poco más que una figura decorativa. No me parece que sea una situación como para quejarse mucho, Sardno.

—Sí, eso es verdad, Cordvil.

—Sé de algunos independentistas, pero, ¿de qué nos serviría la independencia? No estaríamos mejor ni peor de lo que estamos ahora, salvo por el orgullo de tener un Gobierno cuyas acciones no fueran fiscalizadas por el Gran Procónsul. ¡Pero si Gald Avte no hace nada!

Sardno se echó a reír.

—Peores procónsules hemos tenido, es cierto. Incluso nos rebajó a mensual el discurso semanal sobre las virtudes del Gobierno de Marte. Y ni siquiera hace caso de las delaciones que le llegan acerca de los que, por sabérselo de memoria, o poco menos, no conectan su psicovisor el día y la hora señalados cada mes.

—En resumen, que estás magníficamente en la Tierra.

—Sí. Ya soy de séptima nueva generación, lo que significa que delante de mí ha habido seis generaciones. Ya sabes que, cuando en Marte se conoció la habitabilidad de la Tierra, se decidió repoblarla de nuevo.

—Lo sé, y también conozco la historia. Al principio, costó mucho encontrar colonos audaces y decididos.

—Bueno, eso ocurrió hace alrededor de mil años.

Ahora las cosas van mucho mejor; casi no se encuentran plazas de las astronaves que viajan a la Tierra. Yo me alegro infinito de considerarme un terrestre auténtico. Imagino que a ti te sucederá lo mismo.

—Así es, aunque soy más «moderno» que tú. Sólo puedo alardear de tercera nueva generación.

—A la segunda nueva generación, es decir, los hijos que nacen en la Tierra de una pareja marciana, se les considera ya terrestres. Y aquí somos más sencillos que en Marte; la procedencia, el abolengo y la herencia son cosas que nos tienen sin cuidado.

—Estoy de acuerdo contigo, Sardno. ¿Tienes ahora algo urgente que

hacer?

—Pues, sí, en efecto; me han invitado a la reproducción de tres o cuatro obras maestras de Ante-Catástrofe. Tú ya sabes que todo cuanto había sobre la superficie de la Tierra quedó absolutamente destruido, pero, afortunadamente, hubo personas sensatas que almacenaron en lugares muy profundos y seguros, millones y millones de microfilmes, que encerraban todo el saber humano de aquella época: ciencias, artes... Y merced a los procedimientos actuales, hoy día podemos reproducir, con absoluta fidelidad, cualquier obra de arte, acústica o visual, de' dos o tres dimensiones.

—Eres un hombre afortunado, Sardno. Me gustaría ir, pero hoy me resulta imposible.

—¿Tan grave es tu compromiso?

Cordvil suspiró.

—Las mujeres, y sobre todo las suegras, son lo mismo hoy día que en los tiempos de Ante-Catástrofe —contestó humorísticamente.

—Sí, eso es algo que no varía con el paso de los tiempos. —Sardno estrechó con fuerza la mano de su interlocutor—. Te saludo, Cordvil, amigo mío.

—Te saludo, Sardno.

Los dos hombres se separaron. Cordvil se alejó, pensando en que su amigo había hecho bien en no querer moverse de la Tierra.

«Aquí se vive mucho mejor que en Marte», resumió sus pensamientos.

* * *

Croyton Uhl-Armform se acercó a la pared y, tras presionar un interruptor, regresó a un cómodo sillón, de atrevido diseño, situado frente a la rectangular pantalla de su psicovisor.

Esperó algunos segundos. En la base de la pantalla, plana, de dos centímetros de grueso y separada del muro por una distancia similar, se había encendido una lucecita amarilla.

La pantalla se iluminó de pronto. Una encantadora joven, de largos cabellos azulados y ojos muy negros, apareció ante los ojos de Croyton, sosteniendo con ambas manos una sábana roja, de modo que sólo su cabeza y sus hombros quedaban al descubierto.

—Te ha sorprendido mi llamada, ¿no es cierto? —dijo Croyton.

—Así es, cariño —respondió la joven—. Ciertamente, no esperaba...

—Si te parece mejor, conecto el televisor ordinario.

—¿Para qué? He demorado la respuesta a tu psicollamada, sólo para tener tiempo de prevenirme.

—¿Con esa sábana, Luri?

Ella le guiñó un ojo.

—Te disgustan ciertos obstáculos, ¿no es así?

—Mujer, ¿a quién le amargarla un dulce?

Luri exhaló una argentina carcajada.

—¿Qué compromisos tienes para esta noche? —inquirió.

—Los que tú me ordenes, preciosa —respondió él.

—Entonces, ¿estás libre?

—Durante seis meses terrestres, plazo de mis vacaciones bianuales. En ese tiempo, lo único que tengo que hacer es contemplarte, Luri.

—Me siento arrobada —suspiró ella—. ¿Cuánto tiempo tardarás en estar a mi lado?

Croyton se puso en pie.

—Cuenta diez —indicó—. Pero primero cierra los ojos, naturalmente.

Luri obedeció. Al llegar a la cifra diez, abrió los ojos.

—¡Croyton! —gritó, palmoteando alborozadamente—. ¡Si ya estás aquí conmigo!

—Claro que sí, nena. He usado el traductor instantáneo, para no perder más tiempo.

Luri se agachó a recoger la sábana, que se le había caído al suelo, a causa de la sorpresa.

—¿Sabes?, esos aparatos me dan mucho miedo. Yo no los uso nunca, Croyton.

—Pero si son absolutamente seguros. La sábana cayó de nuevo al suelo, esta vez voluntariamente,

—Por eso me gusta que los uses tú —dijo, tendiéndole los brazos.

Croyton estrechó el esbelto talle de la joven. Mientras la besaba, pensó en que le esperaban seis meses de vacaciones... ¡Las vacaciones más maravillosas en sus treinta y dos años de existencia!

Se equivocaba.

CAPITULO II

La plácida existencia del Gran Procónsul de la Tierra en Marte, se vio repentinamente turbada por la llegada de un mensaje cifrado, que llegaba a través de la línea especial y secreta que unía a sus oficinas con la sede central del Gobierno marciano. El mensaje le fue entregado, debidamente descifrado, por uno de sus ayudantes de servicio.

Avte tomó el documento y leyó:

«Mensajero especial, con instrucciones reservadas, que deberán ser obedecidas sin dilación, llegará próximamente a ésa. Reconocerá al mensajero por su fórmula particular de psicovisor: EE-VV-42-37. Compruebe escrupulosamente antes de aceptarlo como tal mensajero. Atiéndale y colabore con él en cuanto necesite.

»*Rafla Uhl-Ornti*,

«Primer Gran Secretario de S. M. A. y G. M.»

Avte se quedó atónito al leer el despacho.

—Pero, ¿qué le ocurrirá ahora a este hombre? —exclamó.

El despacho parecía encerrar cierta gravedad. Uhl-Ornti, Primer Gran Secretario de Su Muy Alta y Graciosa Majestad, no habría recurrido a semejante procedimiento —espaciograma cifrado y mensajero especial—, de no tener verdaderos motivos para ello.

—Morviddon, ¿conoce usted el contenido de este mensaje? —preguntó al ayudante de servicio.

—Sí, Excelencia. Es natural, puesto que lo he descifrado personalmente.

—Algo sucede «allá arriba». —Para un marciano en la Tierra, Marte era siempre «allá arriba»—. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—¿Sincera, Excelencia?

—Sincera, Morviddon —refunfuñó Avte.

—Pues bien, ese mensaje tiene algo que ver con la coronación de su Majestad.

Avte miró fijamente a su secretario.

—¿Usted cree? —dijo con voz insegura.

—Lo creo firmemente, señor; y espero que el tiempo me dé la razón. No olvide su Excelencia que en la Tierra los partidarios de la dinastía actual son mayoría. Pero también hay un importante grupo disidente que...

Un suave tañido interrumpió de pronto las palabras del ayudante. Avte hizo un signo con la mano y Morviddon apretó uno de los timbres situados sobre la mesa de trabajo del Gran Procónsul.

—Es una llamada por psicovisor —dijo a media voz.

En la pared de enfrente se iluminó la pantalla. Un rostro humano apareció a poco.

—Hable, Geis —invitó Morviddon—. Su Excelencia escucha también.

—Sí, señor. Tengo una noticia importante que comunicarle. Acaba de llegar una astronave procedente de Marte. Uno de los pasajeros es el honorable Carver Uhl-Havvus, primo de Groof Uhl-Havvus, sedicente pretendiente a la corona de Marte.

Morviddon frunció el ceño.

—La noticia es interesante, en efecto —contestó—, ¿Ha venido Carver solo?

—No, señor. Le acompañan tres hombres. Por su indumentaria, parecen pertenecer a la tribu de los Uhl-Hiaffar.

—Gracias, Geis. Si le es posible, sígales los pasos. En otro caso, que lo hagan agentes de su departamento.

—Sí, señor.

—Ah, y le felicito por haber usado el psicovisor. De este modo, su comunicación ha resultado absolutamente secreta.

—Gracias, señor.

Morviddon cerró la comunicación.

—Ya lo ha oído, Excelencia —dijo, volviéndose hacia Avte.

El Gran Procónsul aparecía profundamente pensativo.

—Me pregunto a qué habrá venido aquí ese bribón de Carver Uhl-Havvus —dijo a media voz.

—La respuesta es sencilla, señor —manifestó el ayudante—. Se trata de un viaje relacionado con la coronación.

—¿De veras, Morviddon?

—No entiendo por qué el hombre más allegado al pretendiente habría de estar ahora en la Tierra, en lugar de hallarse en Marte, organizando disturbios y algaradas en favor de su primo. Su llegada se me antoja sumamente sospechosa y más, si nos fijamos en que ha venido acompañado de tres miembros de la tribu de los Uhl-Hiaffar.

Avte hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Es cierto —convino—. Los montañeses de Uhl-Hiaffar son terriblemente feroces y celosos de sus prerrogativas. Si el Gobierno actual pudiera atraerlos a sus filas, más de la mitad de sus problemas dinásticos desaparecerían inmediatamente.

—Pero los Uhl-Hiaffar, sin excepción, son fanáticamente partidarios de la dinastía del pretendiente. Por nada del mundo, gloria, honores, riquezas, consentirían en cambiar de bando.

—Eso es lo malo. —Avte levantó de pronto un dedo—. Morviddon, voy a hacerle una recomendación.

—Sí, Excelencia.

—Haga vigilar a esos cuatro hombres noche y día, en todas partes y en cualquier situación. ¿Me ha entendido?

Morviddon hizo una profunda inclinación de cabeza.

—Así lo haré, Excelencia —contestó.

* * *

Tara Thoss desembarcó de la nave y contempló fascinada el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Mucho había oído hablar de la Tierra y había leído libros y contemplado filmes y fotografías, pero nada era comparable a la realidad.

—Y eso que estoy en un astropuerto, igual en todo a los marcianos —dijo.

Una cinta deslizante la condujo hasta las oficinas de Control. Una máquina revisó sus documentos y, al hallarlos conformes, se encendió una luz verde que le indicó tenía el paso libre.

Tara avanzó hacia la salida. Era una muchacha de aventajada estatura, formas armoniosas, piel bronceada y cabellos color rubio oscuro. Vestía una especie de peto metálico, dorado, con una falda muy corta, y botas blandas de media caña. Una capa de fino tejido azul pendía negligentemente de sus hombros.

Un altavoz sonó de pronto:

—Pasajera número F-416.

—Yo soy —dijo Tara.

—Su equipaje está ya camino del hotel Sierra Blanca. Sírvese tomar un monorrueda de los que encontrará a la salida. El importe del viaje hasta Tierra-Capital está incluido en su pasaje.

Tara hizo un gesto de aquiescencia. Avanzó cuatro pasos más y abrió la portezuela del vehículo, bastante parecido a un huevo, aunque de forma más alargada y de sección ligeramente plana.

La joven tomó asiento y cerró la portezuela. La misma voz dijo:

—El viaje hasta el hotel está programado. Su habitación es la número ciento uno.

El vehículo se puso en marcha inmediatamente. Tara observaba complacida el paisaje: muchos árboles y extensos prados, sobre todo, en medio de una atmósfera de singular limpidez.

Sentíase ligeramente envarada y lo achacó a la diferencia de gravedades —en Marte dos tercios de la terrestre. Por fortuna, los ejercicios de acomodación a la gravedad terrestre, realizados durante el viaje, habían solucionado un problema que, de otro modo, habría tenido graves consecuencias para ella.

«Aquí, cincuenta y seis kilos "auténticos" —se dijo—. "Allá arriba", poco más de treinta y siete.»

Pero su peso real era de cincuenta y seis kilos, porque, a fin de cuentas, el sistema de pesas y medidas usado en Marte era originario de la Tierra.

En su cronómetro había dos esferas. La que indicaba el tiempo terrestre señalaba las nueve y media de la mañana.

—En cuanto me haya cambiado de ropa, iré a realizar mi misión —

dijo.

* * *

—Pero, tonta, si el translator no tiene ninguna dificultad —exclamó Croyton—. Déjame que te lo ponga yo mismo. Verás qué bien y rápido viajas...

—Croyton, esto no me gusta —dijo Luri, quejosa—. El translator, qué quieres que te diga, nunca me ha gustado. Y el viaje que pretendes hacer, menos todavía.

—Luri, preciosa, la vista desde la cumbre del Everest es incomparable. Te aseguro que sólo estaremos allí unos minutos; lo justo para impresionar unas psicofotografías. Hace frío en la cumbre, es cierto; pero antes de que lo notemos, ya estaremos de vuelta.

—Tú no me quieres bien —se lamentó la joven. Pero, resignada, dejó que Croyton sujetase en torno a su cintura la ancha faja del transistor.

Un cable sobresalía de la ancha hebilla central y estaba rematado por el aparato de control. De este modo, el translator quedaba oculto bajo los ropajes.

Minutos más tarde, estaban equipados con gruesos trajes de pieles.

—Yo los prefiero así —dijo Croyton—. Hay trajes estancos, acondicionados, pero no se siente el viento en la cara...

—A mí se me agrietará la piel —dijo Luri, horrorizada ante la perspectiva.

Y entonces, cuando Croyton se disponía a marcar las coordenadas de su punto de destino, llamaron a la puerta.

Croyton miró extrañado a la joven.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—¿Yo? ¿A quién iba a esperar? —se ofendió Luri.

La llamada se repitió. Croyton sintió ciertos recelos.

—Oye, no tendrás dueño legal —dijo, dudoso.

—Croyton, te aprecio muchísimo, tanto, que por ti voy a emplear por vez primera un translator. Pero si sigues diciendo tonterías, te daré una buena bofetada.

—Dispensa, chica; no quise ofenderte...

Por tercera vez sonó la llamada. Luri cruzó la estancia con paso decidido.

—Será mejor que nos enteremos de una vez quién es el importuno —exclamó.

CAPITULO III

Luri abrió la puerta y se quedó estupefacta. Dos gigantescos individuos, ninguno de los cuales bajaría de los dos metros de estatura, aparecieron ante sus ojos.

Eran muy parecidos fisonómicamente: rostros de pómulos salientes, ojos oblicuos y bigotes de largas guías, que flotaban a diez centímetros por debajo de sus barbillas. Tenían el pelo negro, aceitoso, y se tocaban con unos gorros ribeteados de piel, hechos de un tejido de color amarillo muy fuerte, casi azafranado.

La vestimenta consistía en sendos monos del mismo tejido, adornados también con las mismas pieles en el cuello, mangas y tobillos. Pendientes de los anchos cinturones que llevaban, se podían ver sendos puñales de tamaño descomunal, con un enorme y extraño mango. La hebilla del cinturón era grande, cuadrada, de un metal parecido al oro y adornada con una docena de brillantes piedras rojas.

Luri parpadeó.

—¡Atiza! ¡Vaya pareja! —exclamó, sin poder contenerse.

—Buscamos a Croyton Uhl-Armform —dijo uno de los extraños—. Tenemos informes de que está aquí.

Croyton captó en el acto el extraño tono de voz del individuo. Pronunciaba las palabras correctamente, pero eran fácilmente perceptibles las dificultades que se le presentaban para coordinar las frases adecuadamente.

—Yo soy ese hombre —dijo—. ¿Para qué me buscan?

—Tiene que venir con nosotros —indicó el mismo desconocido.

—Ustedes no son terrestres —adivinó Croyton.

—En efecto, no somos terrestres.

—Ni llevan uniforme ni han demostrado pertenecer a un organismo con autoridad suficiente para efectuar un arresto. ¿Por qué, pues, quieren que vaya con ustedes?

Hubo una corta pausa de silencio. De súbito, los dos puñales salieron de su vaina y, tras un corto vuelo, se apoyaron por la punta en ambos costados del cuerpo de Croyton.

—¿Le parece flojo argumento? —preguntó el desconocido.

Luri lanzó un chillido de susto. Croyton trató de calmarla.

—No temas, nena —dijo, sonriendo—. Son puñales teledirigidos.

—Exactamente —corroboró el desconocido.

Croyton se fijó en los recién llegados. La mano derecha de cada uno de ellos estaba apoyada en la hebilla de su cinturón.

La hebilla, adivinó, era el control remoto de los puñales. La hoja de acero no medía menos de cuarenta centímetros de largo y, aparte de su aguzada punta, poseía un filo comparable al de una navaja de afeitar.

—Si se resiste, lo traspasaremos —habló el otro desconocido por primera vez.

Croyton los miró fijamente durante un segundo.

—Al menos, podrían decirme adonde piensan llevarme —solicitó.

—Lo siento; lo sabrá en su momento —contestó el primero de los extraños.

—Está bien. En vista de su amabilidad, me veo obligado a decirles que, por el momento, me es imposible acceder a su petición. ¡Adiós, Luri; lo siento muchísimo!

Y apenas había acabado de hablar, Croyton desapareció de la vista de los presentes.

Luri se quedó atónita. El asombro de los desconocidos no era menor.

—¡Ha usado su translator! —gritó uno.

—Maldición; debimos habernos precavido contra esa eventualidad —refunfuñó el otro.

—No te preocupes, hermano; aquí hay quien nos dirá adonde se ha largado; ese miserable.

Los puñales avanzaron ahora hacia Luri. Espantada, la joven recordó de repente que tenía en la mano la caja de control de su translator y oprimió el botón de arranque.

Se oyó un ruido espantoso y la habitación trepidó. Una lluvia de sangre se desparamó por todas partes, manchándolo todo en un radio de varios metros.

De repente, sólo había quedado uno de los intrusos.

El individuo aterrado al ver que estaba solo, cubierto de sangre de pies a cabeza, giró sobre sus talones y escapó a la carrera.

* * *

Morviddon entró apenas el Gran Procónsul hubo concedido su permiso. Avte apreció en seguida señales de excitación en su ayudante.

—Algo importante sucede —adivinó.

—Así es, Excelencia. El mensajero acaba de llegar.

—¿Por qué no lo ha hecho pasar, Morviddon?

—Excelencia, recuerde las instrucciones. Es preciso comprobar su personalidad.

—Tiene usted razón; casi lo había olvidado. ¿Dónde está?

—En la antecámara y receptivo, Excelencia.

—Muy bien.

Avte sacó un papelito y bisbiseó las cifras escritas en el mismo, a la vez que tecleaba en un pequeño cuadro de mandos situado a la derecha, sobre la misma mesa. Al terminar, se iluminó una pantalla.

La imagen de una hermosa joven, elegantemente vestida, apareció en el acto ante los ojos de los dos hombres.

—¡Caramba! ¡Es una mujer! —exclamó.

—Efectivamente —sonrió Morviddon—. Bastante guapa, a lo que parece...

—Hágala pasar —refunfuñó el Gran Procónsul—. Rafld Uhl-Ornti es muy buen amigo mío, pero ello no significa que esté de acuerdo con los métodos que emplea en algunas ocasiones.

Morviddon salió de la estancia. Momentos después, volvía a entrar, acompañado de la visitante.

—Excelencia, el mensajero —anunció.

—Tara Thoss —se presentó ella.

El Gran Procónsul se puso en pie.

—Es un placer, señora...

—Tara a secas, por favor —rogó la joven—. Espero que el ayudante goce de su entera confianza, Excelencia.

—Por favor, Tara...

—El asunto que me trae aquí no es una nimiedad, precisamente —atajó ella fríamente—. Y, como me imagino que tarde o temprano, su ayudante tendrá que saberlo, mejor será que se quede.

—Como usted disponga, Tara. ¿Quiere sentarse? —invitó Avte.

—Gracias, pero no es necesario. —Tara llevaba un bolso de piel rojiza, suspendido del hombro por una correa. Metió la mano en su interior y extrajo una fotografía que depositó sobre la mesa—. Este es el hombre, Excelencia.

Muy intrigado, Avte y Morviddon contemplaron la imagen. De súbito, el ayudante lanzó una exclamación de asombro:

—Pero, si es...

—No, no lo es, aunque cualquiera lo juraría en todas las circunstancias —dijo Tara—. El «doble» de ese hombre ha desaparecido. Se supone que secuestrado por los hombres de Carver Uhl-Havvus.

Avte se derrumbó en su sillón, a la vez que se pegaba una palmada en la frente.

—¡El Todopoderoso nos asista! ¡Si «él» ha sido secuestrado, no podrá actuar en la ceremonia de la coronación! —dijo, casi desfallecido.

—Justamente —corroboró Tara sin inmutarse—. Y por dicha razón, como su paradero nos es desconocido y no tenemos, por desgracia, indicios o rastros que nos permitan dar con él a tiempo, hemos pensado en recurrir a usted para que nos ayude a encontrar a este terrestre.

—¿Una suplantación? —adivinó Morviddon. —En efecto. El parecido es asombroso. Si estuviese aquí presente, nadie diría que no es «él».

—Pero, ¿cómo no se ha hecho público? —exclamó Avte—. «El» es muy conocido...

—En Marte y sólo en determinados círculos —atajó Tara—. Ustedes saben que no es muy aficionado a la vida social y que sólo acude a las ceremonias por imposición de su propio rango. Si le fuera posible, renunciaría a todo: rango y honores. Pero comprende que tiene un

deber que cumplir y sigue desempeñando su puesto..., es decir, lo desempeñaba hasta el momento del secuestro.

—Empiezo a comprender —dijo Avte—. Nuestra misión consiste en encontrar a ese terrestre y persuadirle que ocupe el puesto de «él».

—Exactamente. Si Croyton Uhl-Armform ocupa el puesto de «él», los planes de Carver Uhl-Havvus y su ambiciosa camarilla se vendrán abajo como un castillo de naipes.

—Pero «él» puede ser hallado —alegó Morviddon—. Una llamada por psicovisión...

—La psicovisión sólo es posible cuando la mente del sujeto objeto de la llamada se encuentra en estado receptivo; es decir, libre por completo de influencias ajenas. Pero en este caso, «él» se halla sujeto ahora a interferencias, bien físicas, bien mentales... y en este caso, tal vez con drogas que hayan convertido su cerebro en un órgano inútil.

Avte se aterró.

—Quizá no se recupere ya más —dijo—. Hay drogas que idiotizan a una persona de por vida.

—Ignoramos el medio de que se han valido para inutilizarlo —dijo Tara—. Pero no hay duda en la elección: Croyton tiene que actuar desempeñando el papel del secuestrado.

—¿Y si no quiere? —sugirió Morviddon.

—No creo que se niegue —opinó la joven—. Esa fotografía fue tomada precisamente durante uno de sus viajes comerciales a Marte. Es capitán de astronave y posee el dieciocho por ciento de las acciones de la nave que manda. Si se le ofrece una buena recompensa, aceptará.

Avte volvió los ojos hacia su ayudante.

—Morviddon, el nombre y domicilio del capitán Uhl-Armform debe

figurar en los registros de comercio interplanetario. Si no estuviera ahora en la Tierra, averigüe cuál es el nombre de su compañía y entérese del lugar donde podemos localizarlo.

—Sí, Excelencia.

El secretario salió. Tara se despidió del Gran Procónsul.

—Por mi parte, haré algunas indagaciones personales —dijo—. En cuanto tengan noticia del capitán Uhl-Armform, haga el favor de avisarme al hotel Sierra Blanca.

—Así lo haré, Tara —prometió Avte.

El Gran Procónsul se sentía abrumado.

—¡Qué catástrofe, qué catástrofe! —exclamó, al quedarse solo—. Si no solucionamos este asunto, se va a producir un tremendo cataclismo.

* * *

—De modo que el tipo escapó con su translator.

—Así es, señor —corroboró Ravr Uhl-Hiaffar-4815.

Carver Uhl-Havvus se paseaba nerviosamente por la estancia. Era un hombre relativamente joven, alto y de buena presencia, de ojos penetrantes y nariz aguileña. Delante de él estaban dos de los tres hombres con los que había viajado desde Marte.

—No se nos ocurrió sospechar que tenía puesto el translator, hasta que fue demasiado tarde —dijo Dhum Uhl-Hiaffar-4816.

Ravr se había cambiado ya de ropa y de su cara y manos habían desaparecido las manchas de sangre. Pero aún no acababa de comprender lo ocurrido.

—Nuestro hermano murió... —dijo quejumbroso.

—¿Cómo pudo ocurrir, señor? —preguntó Dhum.

Carver detuvo sus paseos.

—Ella, la mujer debía de tener también puesto otro traductor, pero carecía de experiencia en su manejo —opinó—. Indudablemente, quiso escapar, pero al no saber manejar el aparato, lo único que hizo fue trasladarse a cuatro o cinco pasos del lugar que ocupaba. Lo malo era que el sitio al que llegó estaba ocupado por Alcus.

—Y... y los dos cuerpos... explotaron...

—Hubiera sucedido lo mismo a la inversa. Hubo una colisión múltiple molecular, millones de moléculas pugnando por ocupar a la vez un mismo espacio. Eso es imposible físicamente; por tanto, se produjo la explosión y ambos murieron instantáneamente.

Ravr bajó la cabeza.

—Vengaremos a nuestro hermano...

—¡Alto! —exclamó Carver cortantemente—. Habéis venido a la Tierra con una misión bien definida. Los sentimientos personales deben ser dejados a un lado, ¿está claro?

Ravr y Dhum asintieron al mismo tiempo. Carver continuó:

—Es preciso evitar a toda costa que el plan del Gran Primer Secretario pueda tener éxito —dijo—. Para eso estamos aquí.

—Sí, pero Croyton ha desaparecido —alegó Dhum—. ¿Cómo lo encontramos ahora?

—El traductor es una máquina estupenda, pero con un defecto: no tiene alcance interplanetario. Por tanto, Croyton continúa en la Tierra.

—Es un planeta muy grande... —dijo Ravr.

Carver sonrió.

—Sobre eso no cabe duda alguna —dijo—. Pero yo pienso localizar a Croyton.

—¿Cómo? —preguntaron los dos hermanos a la vez.

—Vosotros os quedaréis esperando mi regreso —ordenó Carver—, Yo voy a salir; tengo que entrevistarme con una persona que me facilitará un detector de traductores, por medio del cual se puede localizar instantáneamente la posición de la persona que utiliza uno de esos aparatos.

CAPITULO IV

Cuando Croyton juzgó que el peligro había pasado, regresó de nuevo a casa de Luri.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos le dio náuseas. Tardó algunos momentos en recobrase, si bien comprendió lo ocurrido desde el primer momento.

—¡Pobre Luri! —murmuró, sinceramente apesadumbrado—. Ella no sabía manejar el translator.

Reflexionó durante algunos minutos. Luego, habiendo tomado una decisión, manejó el aparato nuevamente.

Segundos después, se hallaba ante la puerta de un edificio de modesto aspecto. A fin de evitar contratiempos, se había materializado en la calle.

Entró en el edificio. Había una gran sala, con mesas y bancos de rústico aspecto. Al fondo había una mesa alargada, detrás de la cual se veía unas estanterías repletas de botellas.

Cruzó la sala. Detrás de la mesa alargada, un hombre, menudo, medio calvo, le dirigió una amable sonrisa.

—Capitán, es un placer saludarte —dijo—. ¿Te apetece un vaso de buen vino?

—¿De tus propias cepas, Ovsustor?

El tabernero le guiñó un ojo.

—Como en los buenos tiempos de la Ante-Catástrofe —respondió—. Y a fin de cuentas, si en Marte hay monarquía, no sé por qué en la Tierra no puede haber tabernas.

—Dos elementos de difícil comparación —sonrió Croyton—. Está

bien; acepto esa copa.

Ovsustor sirvió el vino a su amigo. Croyton probó un poco. Chasqueó la lengua complacido y luego se tomó un buen trago.

—Ovsustor, he venido a pedirte un favor —dijo a continuación.

—Me lo imaginaba —contestó el hombrecillo sin pestañear—. ¿De qué se trata?

Croyton paseó la mirada por el interior del local. —¿No tienes un cuarto reservado, con una pantalla de proyección psicovisual, donde podamos estar a solas? —consultó.

—Claro, hombre. Aguarda un momento; iré a llamar a mi mujer para que atienda a los clientes.

Minutos más tarde, los dos hombres estaban en el interior de una pequeña habitación. Ovsustor entregó a su amigo una caja de control. —Cuando quieras —indicó.

Croyton manejó el aparato. A los pocos segundos, la pantalla se iluminó, ofreciendo la imagen de los dos extraños que habían querido secuestrarle.

—¡Rayos! —exclamó Ovsustor—. ¡Son montañeses de la tribu de los Uhl-Hiaffar!

—¿Seguro, Ovsustor?

—Comercié con ellos hace muchos años. Pagan bien, pero son muy exigentes. Y cuidado con engañarles, o te rebanan el pescuezo con sus malditos machetes teleguiados.

—De modo que montañeses de Uhl-Hiaffar —dijo Croyton pensativamente—. No he hecho muchos viajes por allí...

—Esos montañeses van poco por los centros civilizados. Dentro de lo que es nuestra época, viven en estado semisalvaje. ¿Sabes cuál es su

distracción favorita?

—Dímelo, Ovsustor?

—El duelo sobre el barranco de los cuchillos con las puntas hacia arriba. Uno de los contendientes muere indefectiblemente. Yo presencié en cierta ocasión uno de esos duelos y todavía tengo pesadillas.

Croyton se echó a reír.

—En resumen, son unos bárbaros —dijo.

—No lo dudes, capitán. Pero, ¿qué tienes tú que ver con esas bestias de dos patas?

—Curiosidad, simplemente —respondió el joven—. Me parece que necesito ampliar mis conocimientos.

—Bueno, no quiero entrar en tus asuntos, pero si los de Uhl-Hiaffar andan de por medio, abre bien los ojos. Sentirán hacia ti la misma compasión que un tigre hambriento ante un cordero.

—No dejaré de tenerlo en cuenta, Ovsustor. Gracias por tus informes y...

—¿Otra copa? —sugirió Ovsustor.

Croyton se echó a reír.

—A ti te gusta ver cómo los demás aprecian el vino de tus cepas —contestó.

Y cuando ya se iba a marchar, Ovsustor dijo:

—Me gustaría darte un consejo, capitán.

—Eres un veterano. Seguramente lo aceptaré —respondió Croyton.

—¿Cómo has escapado de los Uhl-Hiaffar? ¿Empleando su translator?

—Sí, desde luego.

—Entonces, ve a ver a Javiz-88. Dile que te dé un antidetector.

Croyton respingó.

—¿Un anti...?

—Eres todavía bastante joven y, por tanto, inexperto —sonrió Ovsustor—. Cuando se tiene interés en ello, un translator es fácilmente localizable..., menos cuando se dispone de antidetector. Javiz-88 te lo proporcionará.

—¿Caro?

—Barato, no, por supuesto. Pero dile que vas de mi parte.

—Es un buen consejo, Ovsustor.

Croyton salió a la calle. Tras mucho reflexionar, decidió regresar primero a su casa.

Necesitaría dinero para pagar el antidetector.

—Y que todavía se emplee el dinero en el año cinco mil doscientos y pico... —murmuró, irritado, mientras marcaba las coordenadas de regreso a su departamento.

Segundos más tarde, se corporeizaba en la sala de su casa. Su asombro fue enorme al ver a una hermosa joven parada en pie ante un cuadro de singular atractivo estético.

—¿Le gusta, señorita? —preguntó Croyton, cortésmente, aunque dispuesto a desaparecer de nuevo, si las cosas se ponían feas.

Tara no volvió siquiera la cabeza para decir:

—¿Auténtico, Croyton?

36 —

—Copia. Todas las obras originales fueron destruidas en la Gran Catástrofe. Pero ésta es tan buena como el original pintado a principios de mil ochocientos. —Ella lleva muy poca ropa —sonrió Tara. — Quizá en la falta de ropa consista el mérito de la pintura —sonrió Croyton—. Y ahora que ya hemos hablado bastante de Goya, ¿por qué no hablamos de nosotros?

Tara se volvió hacia el joven.

—Capitán Uhl-Armform, ha llegado el momento, en efecto, de hablar de nosotros —dijo—. Perdón^ de hablar de usted, sobre todo. —¿Ah, sí? ¡Qué interesante!

—He venido a proponerle un viaje a Marte, capitán. Tendrá que realizar un trabajo, por lo cual recibirá la suma que usted mismo fije. No habrá regateo en la cifra, se lo aseguro.

Croyton se echó a reír.

—Esto se parece a un viejo cuento de hadas —calificó—. Y, ¿qué es lo que tengo yo que hacer?

—Muy sencillo —respondió Tara, impasible—. En el momento de la coronación de su Muy Alta y Graciosa Majestad Bettil XVIII, usted será la persona que coloque la corona sobre sus sienas.

* » *

—El manejo no parece difícil —dijo Carver.

—Es relativamente sencillo, aunque, eso sí, se exige una gran precisión en la marcación de las coordenadas. El menor error, una milésima de segundo, puede darle luego, en la realidad, un resultado completamente erróneo, alejado del objetivo por un centenar de

kilómetros.

—¡Caramba! —exclamó Carver, sinceramente asombrado—. Este aparato, por lo que veo, es sumamente preciso.

—De eso no cabe la menor duda —contestó orgulloso Javiz-88.

—Lo cual significa que soy un hombre muy afortunado.

—Eso depende de los beneficios que pueda reportarle el detector.

—Serán incalculables —dijo Carver, sonriendo sibilinamente.

—Pero el aparato no le servirá de nada, si no conoce la fórmula psicomolecular de la persona a quien quiere localizar.

Carver quedó parado.

—¿Cómo?

—Lo acabo de decir. Primero tiene que conocer la fórmula psicomolecular de la persona cuyo translator quiere detectar. No olvide usted que, a fin de cuentas, en el «funcionamiento» del translator intervienen, a partes casi iguales, la Ultrafísica y la mente de la persona que lo utiliza.

El marciano hizo un gesto de asentimiento. . —Lo sé perfectamente —contestó—, Imagino que esa fórmula debe de ser privada de cada persona.

—Por supuesto.

—Ya —Carver se quedó pensativo unos momentos y luego añadió—: Bien, ya encontraré esa fórmula. Ahora, por favor, dígame el precio del aparato.

—¿Cómo piensa pagar? ¿Marcos marcianos o francos terrestres?

—El cambio está en la cotización de uno a dos coma treinta —dijo

Carver—. Pero el cheque que le extienda será aceptado por cualquier Banco.

—Entonces, págume cien mil marcos marcianos.

Carver respingó.

—El aparato resulta un poco carillo —dijo.

Javiz-88 sonrió cínicamente.

—Quienes lo compren, quebrantan la ley, y piensan continuar quebrantándola con su uso —respondió—. Eso no se hace por ideales, mi buen amigo.

—Ya entiendo. Bien, voy a extender el cheque.

Carver vestía una especie de túnica corta, amplia, aunque sujeta a la cintura por un cordón de tejido dorado. Metió la mano en el interior de la prenda y sacó un tubo largo, semejante a una pluma antigua.

El pulgar de Carver se apoyó sobre un botón apenas visible, situado cerca de uno de los extremos del tubo. El otro emitió un ligero chasquido.

Javiz-88 se tambaleó.

—Pero, ¿qué...?

Carver le contemplaba con interés.

—Me mareo —gimió Javiz-88.

Dio una vuelta sobre sí mismo y cayó de espaldas, con fuerte golpe. Su pierna derecha se elevó un palmo del suelo y luego se quedó quieta.

Carver meneó la cabeza a la vez que guardaba el mortífero tubo bajo su túnica.

—El que me vendió este aparatito no me engañó en cuanto a sus efectos.

Y luego, cargando con la caja en la que se hallaba el detector de traductores abrió la puerta y salió, sin volver la vista atrás, ni una sola vez.

CAPITULO V

—Está loca, loca de remate —bufó Croyton—. ¿Yo desempeñar el papel de Cadnoo Uhl-Swurrzs? Pero, ¿a quién se le ha ocurrido semejante insensatez?

—A un grupo de fieles amigos y servidores de Su Majestad —contestó Tara—. La desaparición de Cadnoo podría provocar gravísimos trastornos.

—A mí ya me los ha provocado —refunfuñó el terrestre—. Una buena amiga mía ha perecido miserablemente.

—Razón de más para colaborar con nosotros —dijo Tara, impertérrita.

—No, gracias —Croyton agitó una mano—. Me encuentro muy bien en mi actual situación.

—Corriendo el peligro de morir en cualquier momento, ¿no?

—Bueno, también sé usar la cabeza. Precisamente esta misma tarde he dado unos pasos para evitar peligros. Pero una cosa es que los evite y otra que me meta de cabeza en ellos.

—Capitán, el rey de Marte es su rey —exclamó Tara con solemnidad.

—Mire, no venga tocándome la fibra del patriotismo y la lealtad. Yo lo demuestro mucho mejor siendo honrando en mis tratos, obedeciendo las leyes y pagando mis impuestos. Todo lo demás, son músicas celestiales... y yo no quiero formar parte de ninguna de esas orquestas, para recrear los oídos de unos cuantos privilegiados.

—Es usted muy cáustico, capitán —se quejó la marciana.

Croyton se encogió de hombros.

—Digo lo que pienso, eso es todo —respondió—. Pero, en nombre de las cien mil estrellas que no lo tienen, ¿por qué se ha fijado en mí?

Tara abrió el bolso y sacó una fotografía, que tendió a su interlocutor.

—Vea —indicó—. Ese es usted.

Sacó otra fotografía y se la entregó también al joven.

—Y ése es el honorable Cadnoo Uhl-Swurrzs.

Croyton silbó.

—Parecemos hermanos gemelos —exclamó.

—Son dos gotas de agua —dijo Tara.

—Y él ha sido secuestrado.

—Por los secuaces de Carver Uhl-Havvus, el ángel malo del pretendiente.

—¿Y qué piensa ganar Carver con todo ese embrollo?

—preguntó Croyton.

—Muy probablemente, una Primera Gran Secretaría. Quizá la del Tesoro, aunque tampoco desdeñaría la de Orden y Justicia.

—Con lo que Marte estaría virtualmente a sus pies.

—En efecto.

Croyton contempló las fotografías un instante.

—¿Se sabe, al menos, dónde está Cadnoo? —preguntó

Tara hizo un gesto de desaliento.

—En absoluto. No tenemos la menor idea —respondió.

—Un problema muy peliagudo —calificó el joven—. Demasiado, para mí.

—Capitán, el Gran Secretario de Intertransporte podría negarle a usted la licencia para comerciar con Marte —insinuó la muchacha.

Croyton la miró fijamente.

—Hace tres mil años, eso se llamaba chantaje —calificó—. Sigue siéndolo.

—Estoy tratando de hacerle ver todas las facetas del caso —manifestó ella, impasible.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Croyton dijo:

—Creo que aún faltan algunas semanas para la coronación, ¿no es así?

—La ceremonia debe celebrarse el domingo siguiente al Año Nuevo marciano. Es la tradición, que se ha convertido en ley.

Croyton hizo un rápido cálculo mental. —En tiempo terrestre, faltan cincuenta y un días —dijo—. Tara, voy a hacerle una proposición. — ¿Interesante?

—Juzgue usted misma. Voy a intentar encontrar a Cadnoo y él será quien corone al rey. Pero no me hable usted de desempeñar yo ese papel, porque me negaré en absoluto, a pesar de todas las amenazas. ¿Está claro?

—Pensaba ofrecerle un millón de marcos, y exención vitalicia de impuestos sobre importación y estadías en aeropuertos de Marte —dijo Tara.

—Si Cadnoo está presente en la coronación, será lo mismo que si lo hiciera yo, ¿no es así?

—Evidentemente.

—Entonces, usted mantiene su oferta y yo encontraré a Cadnoo.

—Pero si no aparece, usted actuará en la ceremonia.

Croyton sonrió.

—Cadnoo estará junto a Su Majestad el domingo siguiente al Año Nuevo marciano —aseguró rotundamente.

—Está bien, pero le advierto que, dadas las posiciones orbitales de los dos planetas en el espacio, el viaje a Marte no nos llevará menos de treinta días.

—De los veinticinco restantes, me sobrarán los justos para que Cadnoo pueda ocupar su puesto —respondió Croyton.

La mano de Tara se posó sobre el brazo del joven.

—Su Majestad se lo agradecerá... y yo..., yo aún más todavía —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Croyton, extrañado.

—Soy la prometida de Cadnoo.

—Oh —Croyton hizo un gesto de pesar—. Lo siento.

—Cadnoo corre un serio peligro. Si Carver se entera de que es objeto de un intento de rescate, dará orden de asesinarlo —dijo Tara.

Croyton sonrió.

—Tranquilícese —recomendó—. Rescataremos a Cadnoo, pero, para conseguirlo, es preciso empezar por cuidar de mi propio pellejo.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —inquirió Tara.

Croyton la contempló un instante. Luego, de pronto, dijo:

—¿Quiere acompañarme? Le enseñaré algunas cosas muy interesantes.

—No tengo nada mejor que hacer —accedió la joven.

La mano de Carver se apoyó sobre el detector.

—Es preciso hallar la fórmula psicomolecular de Croyton —dijo.

—Pero, señor —se lamentó Ravr Uhl-Hiaffar-4815—, nosotros somos simples guerreros. No entendemos de esas sutilezas.

—Lo nuestro es cazar y pelear —dijo Dhum altivamente.

—Y luchar por Groof —gruñó Carver—. Cuando Groof llegue al trono, os concederá el dominio absoluto de vuestras montañas y la exención perpetua de tributos. Bettil no reconoce vuestras aspiraciones y exige que paguéis impuestos como los demás marcianos.

—Sí, todo eso está muy bien —refunfuñó Ravr—. Pero el asunto, en lo científico, es demasiado complicado para nosotros.

—Tú quieres a Croyton. Cuando lo hayas localizado, déjalo de nuestra cuenta —añadió Dhum.

Carver comprendió que sus dos acólitos tenían razón,

Eran gentes sencillas, sin apenas malicia, formidables luchadores, pero poco dados a intrigas. El primitivismo de la vida de los Uhl-Hiaffar en sus montañas era casi total.

—Está bien —dijo—. Mañana me enteraré dónde puedo conseguir esa fórmula. Pero en cuanto lo sepa, vosotros os encargaréis del resto.

—Croyton no nos sorprenderá por segunda vez —aseguró Dhum.

—Y Alcus será vengado —añadió Ravr belicosamente.

* * *

—Aquí es —dijo Croyton.

—¿Quién vive en esta casa? —preguntó Tara.

—Un viejo granuja, capaz de quebrantar la ley por un puñado de marcos marcianos —contestó él, a la vez que llamaba a la puerta.

Esperaron unos instantes. Nadie atendió a la llamada.

—Es raro —dijo Croyton—. Tengo entendido que Ja-viz-88 debía estar en su casa.

—¿Por qué no probamos a entrar? —sugirió Tara.

—Está bien... ¡Hum! —dijo Croyton—. La cosa no huele bien.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—La puerta está abierta... Quiero decir, que no estaba cerrada con llave.

Tara contuvo el aliento. Croyton dio un paso en el interior de la casa y en el acto, el interruptor automático, conectado a un fotómetro que apreciaba la luz del ambiente exterior, entró en funcionamiento y se encendieron las lámparas del edificio.

—¡Javiz-88! —llamó Croyton, sin obtener la menor respuesta.

—¿Por qué usa un número en su nombre? —se extrañó Tara.

—Hay quienes lo prefieren así, por comodidad. Croyton avanzó hacia una puerta al fondo. La abrió y, en el acto, captó la imagen del cuerpo tendido sobre el suelo.

—Me parece que hemos perdido el tiempo —dijo.

Tara lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Está...?

—Creo que sí.

Croyton se acercó al cadáver y dio la vuelta para situarse frente a él.

Tara, tras algunos segundos de indecisión, se acercó también.

—Juraría que Carver ha pasado por aquí —dijo Croyton.

—Puede estar seguro de ello, capitán —concordó la muchacha—. Para Carver, la vida de un hombre, en cuanto está en contra de sus intereses, carece de todo valor.

Croyton se arrodilló junto al cadáver y separó la camisa. En el centro del pecho divisó un orificio de color rojo muy oscuro.

—¿Qué arma emplearía Carver? —murmuró.

Tara había visto también la señal.

—Yo lo sé —dijo—. Un proyectil electrizante.

—¿Cómo?

—La sangre es un líquido salino, y por lo tanto, buen conductor de la electricidad.

—Ah, ya entiendo.

—El potencial del proyectil no es muy elevado, algunas docenas de amperios solamente. Pero no es lo mismo recibir una descarga similar en la yema de un dedo que recibirla en toda la corriente sanguínea y al mismo tiempo.

—Es cierto —convino Croyton.

Se puso en pie y miró a la joven.

—Y, en estos momentos, Carver dispone de un detector de translator —añadió.

Tara se estremeció.

—Eso significa que puede localizarle en cualquier momento —

exclamó vivamente alarmada.

Croyton sonrió.

—Lo primero que tiene que hacer es obtener mi fórmula psicomolecular, sin lo cual, su detector no le servirá de nada —contestó—. Pero aun cuando lo consiga, yo también puedo emplear una contraarma.

—¿Puedo saber cuál, capitán?

—A su debido tiempo, Tara. Ahora, vámonos de aquí; podría resultar comprometedor para nosotros.

—¿No piensa llamar a la policía?

—Carver encontraría una coartada —respondió él—. Vámonos.

Tara le siguió mansamente. Cuando salían de la casa, dijo:

—Su pasaje está comprado para dentro de tres días, capitán.

—Dentro de tres días —aseguró él solemnemente—, zarparé hacia Marte.

* * *

Carver lanzó una maldición al ver que el detector no funcionaba.

—¡Javiz-88 me ha engañado! —rugió.

Dhum y Ravr contemplaban atentamente las operaciones de su jefe. El primero carraspeó un poco antes de decir:

—Si me permite un consejo...

Carver le miró furiosamente.

—Habla —indicó con sequedad.

—Hay dos posibilidades: una, que Croyton haya vuelto a casa. Otra, Tara Thoss.

—No está mal pensado —admitió Carver—. Y, en el primer caso...

—Establezca las coordenadas de casa de Croyton y anule el traductor con su interferidor.

—Bien pensado. Pero, ¿cómo sabré que está allí, si este maldito detector no funciona?

—Es bien sencillo: Ravr y yo estaremos allí. Bastará una sola palabra por nuestros transmisores privados para que usted accione el interferidor.

—En cuanto le echemos la vista encima —añadió Ravr—, le diremos «¡Adelante!»; y él no tendrá tiempo de usar siquiera ese maldito cacharro.

—Y si no lo encontramos, Tara nos dirá dónde puede estar.

Carver hizo un gesto de aquiescencia. Sonrió complacido.

—Sois más listos de lo que yo creía —dijo.

—Hay cosas para las que se necesita muy poca listeza —respondió Ravr despectivamente—. ¿Vamos, hermano?

Dhum se encaminó hacia la puerta.

—Dentro de media hora oírás la palabra clave —aseguró.

* * *

—Ya vienen —dijo Croyton.

Los ojos de Tara contemplaron con interés la pantalla del psicovisor.

—Nunca he entendido bien el funcionamiento de este aparato —dijo

—. ¿En qué se basa, Croyton?

—En la actuación conjunta de la mente y los mecanismos electrónicos. Es más complicado de explicar que de hacerlo funcionar.

—Pero ellos podrían vernos...

—Sí, si dispusieran de un psicovisor y su correspondiente pantalla receptora de imágenes.

—¡Un momento! —exclamó Tara—. Para captar la imagen de una persona es preciso conocer su fórmula psicovisual.

Croyton sonreía.

—No me he quedado quieto estas veinticuatro horas —contestó—. Seguramente, Carver ha estado averiguando mi fórmula psicomolecular, que es la que se necesita para accionar el translator. Y yo, mientras tanto, he averiguado las fórmulas psicovisuales de los tres. Por eso los está viendo en la pantalla.

—Sendas fórmulas distintas —murmuró ella—. ¿Cómo encontró las psicovisuales?

—En el registro del hotel donde se alojan. Es preceptivo facilitarlas al tomar habitación en un hotel terrestre.

—Usted no habría encontrado la mía, Croyton.

—¿Por qué?

Tara sonrió.

—Misión especial —contestó—. Lo que ellos no han podido hacer, porque están aquí aparentemente como turistas.

—Bien, en tal caso, dispongámonos a recibir a dos de esos turistas —sonrió Croyton—. Tara, usted siempre detrás de mí, ¿entendido?

—Tenga cuidado, Croyton —aconsejó ella temerosamente.

—No se preocupe.

Croyton estaba sentado con toda tranquilidad junto a una mesa, sobre la cual había una cajita negra provista de algunos botones. Sobre el respaldo de una silla cerca estaba su translator.

La pantalla del psicovisor reflejó las figuras de los dos marcianos aproximándose a la puerta. Tara retuvo el aliento.

Pasaron algunos segundos. Dhum abrió, lanzó una mirada al interior de la estancia y, casi en el acto, emitió un rugido.

—¡Adelante!

CAPITULO VI

En el mismo momento, el índice de Croyton presionó un botón.

Carver tenía el interferidor en las manos. Una fuerza invisible y potentísima lo levantó de su silla y lo arrojó contra la pared más cercana. El golpe le privó del sentido instantáneamente.

Ravr y Dhum, naturalmente, no se enteraron de nada.

—Bueno —dijo el primero—, aquí está nuestra presa.

Croyton sonreía.

—Pasen, muchachos, pasen —invitó cortésmente.

Dos puñales teleguiados se dispararon de inmediato. Uno se apoyó en el pecho de Tara, quien lanzó un grito de susto.

La punta del otro puñal se acercó peligrosamente a la yugular del joven.

—Tendrán que acompañarnos —dijo Dhum, satisfecho.

—¿Seguro? —preguntó Croyton, sin perder la calma.

—O se quedarán aquí, muertos —añadió Ravr.

—Montañeses, me parece que ustedes son demasiado optimistas —dijo Croyton—. Vean esto, por favor.

Su índice se apoyó sobre otro botón y los dos puñales cayeron inofensivamente al suelo.

Ravr y Dhum se quedaron atónitos.

—Pero, ¿qué...? —dijo el primero.

Croyton presionó otro botón. Los marcianos salieron disparados contra la pared, que retembló con el doble impacto de sendos cuerpos que pesaban más de cien kilos.

Ravr y Dhum no salían de su asombro. Aturdidos, miraron al joven con respeto.

—E... esto no está bien —refunfuñó Dhum.

Croyton se puso en pie.

—Acaso preferirían emplear otros métodos —sugirió.

Ravr se irguió.

—¿Por qué no? —contestó.

Y lanzando un feroz aullido, se precipitó contra el joven.

Tara chilló, asustada. Croyton no se inmutó.

Cuando Ravr estaba a dos pasos de él, dio un tremendo salto, se puso horizontal en el aire y disparó sus pies, alcanzando de lleno el rostro del montañés, que cayó derrumbado como una masa.

Dhum abrió la boca.

—Eso es imposible —dijo.

—¿Estás soñando? —se burló Croyton.

Dhum reaccionó y se arrojó contra él, con la cabeza gacha. En el último instante, saltó hacia adelante, impulsándose con la tremenda potencia de sus musculosas piernas.

Croyton se echó a un lado. Cuando Dhum pasaba junto a él, le «empujó» con la mano derecha, apoyada en las posaderas.

El vuelo de Dhum se aceleró. Su cabeza chocó contra el tabique, lo

rompió, abrió un tremendo agujero y pasó al otro lado, con un estruendo aterrador.

Antes de caer al suelo había perdido el conocimiento.

—¡Cielos! —dijo Tara—. Jamás había visto una demostración semejante de fuerza física. Se dice de los montañeses de Uhl-Hiaffar, pero tú —le tuteó inconscientemente— los has derrotado sin el menor esfuerzo.

Croyton sonrió ladinamente. Se desabrochó la blusa y enseñó lo que llevaba en torno a la cintura.

—Un multiplicador de potencia muscular —explicó.

Tara rompió a reír.

—¡Tramposo! —le apostrofó.

—Sí, pero no se lo digas a los montañeses —pidió él, mientras se abotonaba de nuevo la blusa—. Las trampas a veces, son necesarias, si el adversario es más potente que uno mismo.

—Comprendo. Pero, ¿qué les vas a decir ahora, cuando despierten?

Ravr se sentó en el suelo, aturdido y sin comprender muy bien qué le había pasado.

—Hola —sonrió Croyton—. ¿Hablamos un poco?

Ravr sacudió la cabeza.

—Nunca me habían vencido en una lucha cuerpo a cuerpo —gruñó.

—Alguna vez tenía que pasar —contestó Croyton indiferentemente—. Mira allí enfrente. Tu hermanito ha abierto un bonito agujero.

—¿Le empujaste tú? —preguntó Ravr.

—Mitad y mitad. Pero él va a dormir un poco más que tú, así que, mientras disfruta de un merecido reposo, ganado tras dura y agotadora pelea, tú y yo vamos a entablar una amable y amistosa conversación.

Ravr entornó los ojos suspicazmente.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó.

—Del sitio donde está escondido Cadnoo Uhl-Swurrzs —dijo Croyton con acento casi de indiferencia.

* * *

Los ojos de Tara brillaron un instante, mientras, ávida, adelantaba el busto.

—No sé de qué me estás hablando —contestó Ravr.

—Amigo mío, tú has estado aquí acompañando a un forajido que presume de su noble origen, pero que no es sino un vulgar delincuente. Y tanto tú como tus hermanos fuisteis los autores materialistas del secuestro de Cadnoo.

—¿Cómo puedes decir eso? —barbotó Ravr.

—Lo presiento, simplemente. Una vez ejecutado el secuestro y con Cadnoo en lugar seguro, os vinisteis a la Tierra con Carver, quien, seguramente, fue informado por algún amigo suyo de los planes del Primer Gran Secretario. No dirás que esto que acabo de decir son fantasías mías, ¿verdad?

Ravr apretó los labios.

—Aún así, no diré nada —contestó hoscamente.

Croyton se volvió hacia Tara.

—Leales a Carver, no hay duda—dijo.

—Pero habrá algún medio de averiguar la verdad —exclamó ella.

—Oh, claro que sí.

Croyton hizo una pausa. Sus ojos centellearon de pronto.

—Una buena amiga mía murió miserablemente —dijo—. Si crees que no soy capaz de torturarte hasta morir, estás equivocado.

La cara de Ravr se puso gris.

Croyton se acercó a la mesa y tomó la caja de control. Los puñales teledirigidos se levantaron del suelo y volaron hasta la garganta del marciano.

—¿Lo ves? —dijo.

—Empuja a fondo —dijo Ravr desafiadoramente—. No hablaré.

Uno de los puñales se movió de pronto y las vestiduras del marciano sufrieron un rasgón de más de medio metro de largo. Ravr pegó un salto.

—¡Quieto! —aulló.

Los dos puñales iniciaron una danza enloquecedora, atacando a Ravr por todos los sitios y desde todas las posiciones. Tan pronto le pinchaban las manos, como en los costados o en los muslos. Ravr se agitaba frenéticamente, manoteando con desesperación, sin conseguir eludir el acoso de los cuchillos en ningún momento.

Al fin, enloquecido, agotado, se derrumbó al suelo y levantó una mano, pidiendo gracia:

—Basta —jadeó—. Lo diré.

Las puntas de los puñales se acercaron a su pecho.

—Habla —exigió Croyton.

—Cadnoo está... en Sierra Rijker...

—Detalla el punto exacto —exigió Croyton. —El..., el pico Hornji... Tara lanzó un gemido. Croyton se volvió hacia ella.

—¿Qué tiene esa montaña de particular? —preguntó, extrañado.

—Aparte de que es inaccesible, resulta imposible llegar a ella por vía aérea. No se sabe por qué, pero hay una masa metálica en su interior, cuyo peso se evalúa en un billón de toneladas, que emite interferencias anuladoras de todos los propulsores, de cualquier clase que sean, en un radio de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Esas ondas son de corto alcance, como puedes darte cuenta, pero su intensidad es increíblemente poderosa.

Croyton frunció el ceño.

—Pero Cadnoo no habrá llegado allí por su propio pie —alegó.

Se volvió hacia Ravr.

—¿Cuál fue el procedimiento empleado allí para llevar a Cadnoo hasta el pico Hornji? —preguntó.

—Un traductor propulsado por control remoto —respondió el marciano.

Tara volvió a gemir.

—Cadnoo no llegó con vida a su destino —exclamó lúgubrementemente.

* * *

Carver vio llegar a los dos marcianos, con el aire de perros apaleados y se imaginó lo peor. —Fracaso —adivinó.

Dhum hizo un gesto de asentimiento.

—Interfirió los controles de nuestros puñales y luego nos dio una gran

paliza —admitió llanamente.

—¿Sin otras armas que las manos? —exclamó Carver admirado a su pesar.

Ruvr se tocó las narices, todavía hinchadas.

—Y los pies —añadió.

Carver barbotó una imprecación.

—Aquel maldito Javiz-88 no era sino un timador —dijo—. Su detector no sólo falló miserablemente, sino que me soltó una descarga que por poco me mata.

—Aguarde, que eso no es todavía lo peor —manifestó Dhum.

—¿Qué es lo peor? —preguntó.

Carver le miró inquisitivamente.

—Croyton sabe dónde está escondido Cadnoo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Carver prorrumpió en imprecaciones de todos los calibres, y sólo se calló cuando le faltó el aliento.

—Basta —gruñó Ravr, sin cuidarse en absoluto de guardar las formas—. Usted hubiera hablado, lo mismo que he hablado yo, y no tengo por qué lamentarlo. Gracias a eso, estoy aún con vida, ¿comprende?

—Ravr, no te subleves...

—Cuidado, Carver —intervino el otro hermano—. Aceptamos ayudarle porque así nos lo pidió Smyria, pero no vaya a creerse que sus problemas políticos son totalmente nuestros. Le seremos leales, mientras usted nos trate como a iguales, de otro modo, ya puede irse al diablo con sus malditas pretensiones. ¿Está claro?

Carver se quedó con la boca abierta.

—Jamás me había tratado un montañés de esta manera —se quejó.

—Es hora ya de que nos considere como algo más que unos salvajes —protestó Ravr—. Sólo porque nos guste nuestra manera de vivir y estemos apegados a determinadas costumbres, no ha de considerarnos como unos bárbaros incultos y ávidos de verter sangre.

—Apoyamos sus planes, por los beneficios que puedan aportar a los Uhl-Hiaffar —dijo el otro hermano—. Pero no sentimos especial afecto hacia el rey actual ni tampoco hacia su pretendiente. Quiero que esto quede claro de una vez para siempre.

Carver inspiró con fuerza.

—Muy bien, lo siento y os presento mis excusas. —Era preciso no herir más todavía el orgullo y el amor propio de aquellos altivos montañeses—. Pero puesto que Croyton conoce el escondite de Cadnoo, es preciso impedir que llegue allí.

—Tara estaba delante. Ahora, toda la maquinaria del Estado se pondrá en marcha para rescatar a Cadnoo...

Carver interrumpió a Dhum.

—No lo creas —objetó—. Les interesa mantenerlo en secreto, tanto como a nosotros. Si el hecho se divulgase y llegase a conocimiento público, surgirían muchas dudas sobre la auténtica personalidad de Cadnoo.

—Lo cual no les conviene —dijo Ravr.

—Evidentemente. Ahora bien, mis agentes me han informado de que Tara ha tomado dos pasajes para la astronave *Amaltea*, que zarpa pasado mañana, a las siete de la tarde. Es fácil imaginarse cuál es el titular del segundo pasaje.

—Croyton Uhl-Armform.

—Exacto.

—De modo que usted tiene agentes aquí, en la Tierra

—dijo Dhum, admirado.

Carver sonrió.

—Cuando llegué aquí, sólo la mala suerte impidió que mis planes se realizasen —contestó—. Pero, como se dice vulgarmente, ya vine a tiro hecho.

—Muy bien, y, ¿qué harán ahora esos agentes?

—Sencillamente, impedir que Croyton y Tara lleguen a Marte.

CAPITULO VII

—Mi mujer me había dicho que tenía una visita, aunque nunca pude imaginarme que vinieras tan bien acompañado —manifestó Ovsustor, sonriendo ampliamente.

—¿Te parece buena compañía? —preguntó Croyton, aludiendo a Tara, sentada a su lado.

—La mejor que has traído en tu vida —contestó el tabernero.

Tara se indignó.

—¡De modo que no es la primera vez que viene aquí con una mujer! —exclamó.

—¿Te importa eso? Tú eres la prometida de Cadnoo, si no recuerdo mal —dijo Croyton, sonriendo.

—Pero es que...

—Tara, soy hombre joven, libre y con algún dinero, así que no me hagas más reproches en ese sentido. Y ahora, por favor, calla y déjame hablar con mi amigo.

—Está bien —refunfuñó ella—. No sé para qué me has hecho que te acompañase...

—Porque, dada tu misión, debes conocer todas mis andanzas —replicó él agudamente—. Ovsustor, necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo —accedió el tabernero—. ¿De qué se trata?

—Tú ya sabes cómo está el problema dinástico en

Marte, ¿no es así?

—Sí, aunque, a decir verdad, me deja frío.

—Quizá peques de optimista —le reprochó Croyton—. Si Groof consigue la corona, su camarilla apretará las tuercas a fondo.

—Entonces, los independentistas...

—Los independentistas serán aplastados por personas sin escrúpulos, que no tendrán inconveniente en arrasar nuestras ciudades. Por ahora, la Tierra es infinitamente menos potente que Marte, así que la elección no ofrece dudas.

—Mira, Croyton, yo nunca me he metido en política. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Desde luego. ¿Has oído nombrar a Carver Uhl-Havvus?

—Claro, hombre. Es el primo del pretendiente y el jefe del partido de los Uhl-Havvus. Ahora está aquí, en la Tierra.

Croyton sonrió.

—Estás muy bien enterado de sus andanzas —comentó.

—Hombre, aquí se oyen cosas...

—Indudablemente. Sé que Carver tiene amigos en la Tierra. Tú conoces a algunos de ellos.

Ovsustor entornó los ojos.

—Tengo más de un amigo entre los amigos de Carver —contestó.

—Y no quieres traicionarlos.

La cabeza de Ovsustor se movió negativamente.

—Lo siento —respondió.

—¿Me consideras a mí menos amigo que a ellos?

—Tanto como ellos, Croyton.

El joven suspiró.

—En suma, es inútil pedirte nombres —dijo.

Ovsustor se levantó.

—Si sólo has venido para eso... Soy amigo de todo el mundo; mi negocio lo exige así —declaró significativamente.

—Pero me indicaste el domicilio de Javiz-88. Y Carver lo asesinó.

Ovsustor vaciló.

—Harmor Yull —dijo al cabo.

—¿Domicilio?

—Setenta y dos, ochenta y nueve, cuarta planta, cinco.

Croyton se puso en pie.

—Ovsustor, te aseguro que no lamentarás el favor que me has hecho —dijo.

Tara fue más práctica. Abrió su bolso y depositó sobre la mesa una delgada tableta de color plateado muy brillante. La tableta medía doce centímetros de largo, por cinco de anchura y tenía tres milímetros de grosor. En ambas caras se veían ciertos dibujos, grabados a troquel y, en el centro, figuraba la cifra 10.000.

Ovsustor silbó.

—¡Diez mil marcos marceanos! —exclamó.

Tara sonrió gentilmente.

—Una pobre recompensa por sus favores —dijo.,

Croyton dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Veintitrés mil francos terrestres —cotizó.

Salieron al exterior. Una vez a solas, Tara preguntó:

—¿Qué significan las cifras que te dijo Ovsustor?

—Calle setenta y dos, casa número ochenta y nueve, cuarto piso, puerta número cinco —explicó.

—Y ahí vive el hombre con quien vas a hablar ahora mismo —dijo la joven.

—Te equivocas. Por el momento, me limitaré a vigilarle. Ahora, regresa al hotel...

—No te olvides de que quedan menos de cuarenta y ocho horas para la partida —dijo Tara.

—Lo tengo bien presente —contestó él.

* * *

Harmor Yull presionó un botón y la figura de un hombre apareció al instante, proyectada en la pared de la estancia.

—Ahí lo tenéis —dijo, dirigiéndose a su auditorio, compuesto por tres individuos de aspecto corriente.

—Rayos —exclamó uno—. Parece...

—Parece, pero no lo es —cortó Yull—. Su nombre es Croyton Uhl-Armform.

—Yo le conozco —dijo Brocd Star—. Es capitán de astronave.

—Ahora va a viajar como pasajero en la *Amaltea*. Es preciso impedirlo —dijo Yull.

—¿A fondo?

—Totalmente.

—Sin importar medios —dijo otro.

—Con tal de que reine la más absoluta discreción, cualquier medio es bueno.

Thames Ird sacó un extraño artefacto del interior de su blusa.

—Un proyector molecular —dijo—. Tiene un alcance de setenta a ochenta metros y puede enviar al blanco a una distancia de seis a setecientos kilómetros, según se gradúe la potencia. Al final del recorrido, el blanco se «recompone» nuevamente, pero como, generalmente, está en el aire y a buena altura, cae y se hace tortilla.

—No está mal —aprobó Yull—. El medio es lo de menos, siempre que haya discreción, insisto.

—¿Y la recompensa? —preguntó el tercero.

Tres tabletas plateadas volaron por los aires. ,

—No está mal —aprobó Ird.

—Desperdigaos por la ciudad —aconsejó Yull—. El primero que encuentre a Croyton y se deshaga de él, que me lo comunique por mi psicolínea privada.

Los tres individuos abandonaron la estancia. Al quedarse solo, Yull conectó su psicovisor.

La imagen de Carver apareció instantáneamente en la pantalla.

—¿Novedades, Yull? —preguntó.

—Mis tres mejores hombres acaban de iniciar su actuación —contestó el interpelado.

—¿Hay seguridad en el éxito?

—Total —dijo Yull orgullosamente.

—Cuando tenga las pruebas de que Croyton está fuera de la circulación, recibirás el resto de lo convenido.

Yull soltó una risita.

—En ese caso, ya puede ir preparando las tabletas doradas —exclamó.

Cortó la comunicación y pensó en las tabletas doradas, que llevaban la cifra cien mil. Iba a ser una buena operación, se dijo.

Al volverse, vio que no estaba solo.

Un terrible sobresalto recorrió su cuerpo.

—Hola —dijo Croyton alegremente. .

* * *

Yull estaba atónito.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó.

Croyton se tocó la cintura.

—Adivínalo —respondió.

Hubo un instante de silencio. Luego, Yull, lanzando un bramido de furor, se arrojó contra su visitante.

Croyton lo recibió con un derechazo demoledor, que le hizo dar dos vueltas en el aire. Yull cayó al suelo sin sentido.

Acto seguido, Croyton se acercó al control del psicovisor y estudió su última marcación.

—Ese estúpido no la borró después de la entrevista —murmuró.

Agarró el control del psicovisor y lo estrelló contra el suelo. Cuando Yull despertó, con un tremendo dolor en la mandíbula, vio a Croyton sentado tranquilamente delante de él.

Yull hizo un esfuerzo y se sentó. —¿Por qué me ha golpeado? —preguntó.

—Un amigo mío me recomendó tu nombre —contestó Croyton—. He leído en el control de tu psicovisor la última fórmula marcada. ¿De qué has hablado con Carver?

—¿Cree que voy a decírselo?

—Todo depende de las ganas que tenga yo de saber detalles de esa conversación. Y tengo muchas ganas, créeme.

—Bueno, si es así, trate de sonsacarme —le desafió Yull.

Croyton entornó los ojos.

—¿Ayudas a Carver por ideales o por dinero? —inquirió.

—Ambas cosas se pueden compaginar, ¿no cree?

—Es probable. ¿Qué piensas obtener de Carver cuando Groof ocupe el trono de Marte? ¿Una Primera Ayudantía en el Gran Proconsulado terrestre?

—¿Y por qué no? Los primeros ayudantes del actual Gran Procónsul no son mucho más listos que yo.

—Es cierto, si bien poseen una virtud de la cual careces: son leales a Bettil XVIII.

—Mi rey es Groof, que será el primero de su dinastía —exclamó Yull orgullosamente.

—¡Bah, bah, tonterías! —dijo Croyton con claro tono de desprecio—. Tu rey son las tabletas doradas de cien mil. No presumas de ideales, no los tienes ni los has tenido nunca.

—Muy bien, aunque así sea, incluso por dinero, soy leal a Carver.

—De acuerdo, no te lo reprocho. Imagino que has estado hablando con él sobre la necesidad de impedir mi viaje a Marte, ¿no es cierto?

Yull apretó los labios, como queriendo dar a entender que no iba a contestar. Croyton no se inmutó.

—Muy bien, si lo prefieres así...

Y de súbito, antes de que Yull pudiera apercibirse a la defensa, se arrojó sobre él y lo ató a un pesado sillón, sin que sus esfuerzos para evitarlo sirvieran para nada.

Acto seguido, sacó de su blusa lo que parecía un casquete de finísimos hilos metálicos, que podía encerrarse fácilmente en el hueco de la mano, y se lo colocó en la cabeza.

Luego conectó dos cables a la parte posterior del casquete y los extremos opuestos fueron a parar uno a la pantalla del psicovisor y otro a una caja de control que había sacado también de los bolsillos. Cuando estuvo listo, preguntó:

—¿Sabes qué es esto?

Yull hizo un gesto negativo. Sudaba.

—Te lo explicaré —prosiguió Croyton—. Es un psicovisor de circuito cerrado, lo que significa que tus respuestas se proyectarán en la pantalla, sin que el alcance de la emisión rebase las dimensiones de este cuarto. Ahora bien, puedes negarte a contestar y, en tal caso, yo estimularé tus respuestas por medio de pequeñas descargas eléctricas que repercutirán directamente en tu cerebro. ¿Has comprendido?

La cara de Yull estaba gris. Quiso moverse, pero las ligaduras eran harto sólidas y Croyton, cumpliendo lo prometido, envió una descarga de escaso potencial eléctrico, que, no obstante, arrancó un aullido de, dolor a su prisionero.

—Hablaré —dijo Yull, aterrado.

—Te escucho —manifestó Croyton, impasible.

—Hay tres hombres que le buscan...

—Sus nombres.

—Brocd Star, Thames Ird y Just Uhl-Lanney.

—Muy bien. Piensa sucesivamente en ellos. Quiero ver sus caras en la pantalla.

Yull obedeció. Croyton grabó en su mente los rostros de los tres esbirros y, finalmente, se puso en pie.

La caja de control quedó sobre la mesa.

—Pero, ¿es que no me suelta? —gritó Yull.

Croyton le dirigió una mirada irónica.

—¿Me tomas por tonto? —contestó—. La batería de esta caja de control tiene cuarenta y ocho horas de duración. Estarás incómodo, pero no me molestarás durante ese tiempo.

—Me soltaré...

—En el momento en que lo intentes, toda la carga de la batería pasará de golpe a tu cerebro.

Yull se quedó anonadado. Sin dirigirle una sola mirada, Croyton dio media vuelta y, empleando su translator, desapareció de la estancia en menos de un segundo.

CAPITULO VIII

El primero en caer fue Just Uhl-Lanney.

Croyton se apareció repentinamente junto al tipo y le quitó el dinero y sus armas, consistentes en una pistola electrizante y un puñal teledirigido. Luego le colocó un translator en la cintura y lo envió a las Antípodas.

El control del aparato quedó en sus manos, pero por pocos momentos, porque fue a pasar a una cloaca. Just tardaría en regresar algunas semanas.

Brocd Star siguió a su compinche. La pistola de que tanto alardeaba se convirtió en un montón de metal fundido, cuando, aprovechándose de la sorpresa, Croyton pegó al arma una pastilla térmica. Como en el caso anterior, desvalijó al esbirro y lo envió a la antigua Australia.

—Sin dinero y en una isla-continente, en la que sólo viven ahora unas dos o tres mil personas, va a tener ligeras dificultades para regresar —dijo alegremente.

Thames Ird fue el tercero. Su arma era mucho más anticuada, aunque no por ello menos mortífera: una pistola desintegrante.

—¡Uf! —dijo, al quitársela—, pone la atmósfera perdida de radiactividad.

La pistola fue a parar al fondo de otra alcantarilla. Ird, desarmado y sin dinero, acabó en el antiguo Sahara.

Todo ello no fue cosa de unos minutos, sino que le costó veinticuatro horas largas. Al terminar, durmió un buen rato y luego conectó con Tara por psicovisor.

La joven tenía los nervios a punto de estallar.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? —gritó.

—Trabajando —contestó Croyton.

—¿Trabaj...? ¿Es que quieres burlarte de mí?

—Nada de eso, hermosa —dijo él—. He estado desbrozando el camino, limpiándolo de obstáculos, para que lo entiendas.

—Bueno, si es así... Pero van a dar las doce y a las siete zarpa la *Amaltea*.

—Ya lo sé —respondió Croyton—, y estoy preparado para el viaje. Pero como todavía queda tiempo, te invito a almorzar conmigo. Así sabrás qué es lo que he hecho durante estas veinticuatro horas.

—Está bien. ¿Dónde nos reunimos?

—Aquí mismo. Tengo unos platos listos para comer, sólo calentar, que son una delicia. Y un vino estupendo...

—Me haces la boca agua —dijo Tara con ojos brillantes.

—En Marte ignoráis las delicias del buen comer —sonrió él—. Vamos, ponte el translator; te espero.

—Al menos, déjame arreglarme un poco —pidió Tara.

—Oh, las mujeres, ahora, mañana, antes... siempre iguales. Está bien; la mesa estará servida dentro de treinta minutos.

—Poco es, pero procuraré ser puntual. Croyton cortó la comunicación, muy satisfecho. Iba a resultar una comida deliciosa.

* * *

Extrañado por la tardanza en recibir informes, Car-ver se puso su translator y se desplazó a casa de Yull.

Su asombro fue mayúsculo al encontrarse al tipo atado a un sillón y con el casquete puesto sobre la cabeza. Yull le miró con ojos

implorantes.

—Agua —gimió—. Llevo dos días sin comer ni beber...

Carver estaba atónito.

—Pero, ¿qué diablos te ha pasado? —exclamó.

—Croyton —confesó el individuo, sumamente abatido—. Vino aquí, me ató al sillón...

Sumido en un sombrío silencio, Carver escuchó el relato de Yull. Al terminar, examinó con suma atención la caja de control.

—Imbécil —le apostrofó—. Mil veces imbécil. Te dejaste engañar por Croyton.

—Pero esa maldita caja... Yo sentí sus descargas...

—La pila se agotó antes de una hora, estúpido.

Yull abrió la boca, estupefacto.

—Entonces, me engañó —dijo.

—¿Ahora te das cuenta de ello? —replicó Carver despreciativamente—. Al menos, enviaste a tus tres amigos a impedir que Croyton saliera de la Tierra, ¿no es así?

—En efecto. Y, créame, son hombres capaces de...

Carver se acercó a Yull y le desató. Yull se levantó y corrió a saciar su sed en primer lugar.

El marciano esperó pacientemente. Momentos más tarde, Yull, algo más rehecho, volvía a la estancia.

—Hablaré con mis amigos..., pero Croyton me destrozó el control del psicovisor.

Carver descolgó el suyo de su cinturón, que era independiente del que contenía los mecanismos del translator.

—Aquí tienes uno —indicó.

La cara de Uhl-Lanney apareció á los pocos momentos en la pantalla.

—Estoy en el Sahara —gimió.

Carver barbotó una tremenda imprecación.

—A ver otro —pidió.

Star se dejó ver instantes más tarde.

—Creo que esto es la antigua Patagonia... —dijo, completamente desmoralizado.

A Carver se lo llevaban los demonios. Cuando supo que el tercero, Ird, había ido a parar a Australia, su furia no conoció límites.

—Conque tú eras el que aspirabas a ser primer ayudante cuando nombrásemos un nuevo Gran Procónsul —dijo.

Yull estaba aterrado. La cólera de Carver se desató.

Era hombre que no tenía nada de flojo. Cuando terminó, a Yull le faltaban dos dientes, tenía la nariz sangrante, un ojo cerrado y dos costillas rotas.

Y, además, le quitó el dinero que le había dado como anticipo.

Antes de abandonar la casa, Carver reflexionó unos momentos.

—Bueno, y si todos me han fallado, ¿por qué no intentarlo yo en persona? —dijo.

* * *

Croyton se inclinó hacia su encantadora huésped. Tara le miró con ojos brillantes.

—¿Qué piensas de mí? —preguntó.

—Eres una mujer encantadora —contestó él, pasándole un brazo en torno a los hombros.

—¿Sólo eso sabes pensar de mí? —preguntó ella, con coquetería.

—Además eres culta, inteligente, valerosa y leal a Su Majestad.

—Creo que me sobrevaloras, Croyton.

—Tal vez. De momento, me conformo con que seas una mujer encantadora.

El brazo de Croyton resbaló hasta la cintura de la joven. Ella echó el busto hacia atrás.

—Cuidado —dijo.

—Con una mujer hermosa, nunca se debe tener cuidado. Es como cuando hace calor y se encuentra uno con un estanque lleno de agua clara y fresca. Se zambulle en él sin vacilar.

—La comparación me agrada, pero...

—Pero, ¿qué?

—Olvidas que soy la prometida de Cadnoo.

Croyton sonrió.

—En estos momentos, sólo eres una mujer hermosa —dijo.

Tara entornó los ojos.

—¿Serías capaz de traicionar a Cadnoo? —preguntó.

—Voy a rescatarlo —contestó él—. Lo devolveré a su puesto. Es lo estipulado. En todo lo demás, me considero libre e independiente.

—Pero yo no, Croyton.

Los brazos del joven acentuaron su presión.

—Yo no soy libre —insistió Tara.

Croyton se acercó más a ella. Sus labios buscaron con avidez los de la joven.

—Croyton —musitó ella.

Y, de repente, cuando las dos bocas estaban a punto de juntarse estalló una sarcástica carcajada.

—Enternecedora escena —dijo alguien burlonamente—. Lástima de una psicocámara para registrar el momento.

Tara lanzó un chillido. Croyton dijo pestes del importuno que les interrumpía en el momento más crítico.

Los dos abandonaron el diván al mismo tiempo. Tara creyó que soñaba.

—¡Carver! —exclamó.

El intruso hizo una burlona reverencia.

—El mismo —corroboró, con la sonrisa en los labios.

* * *

Croyton frunció el entrecejo. Carver tenía en la mano derecha una pistola electrizante y en la izquierda un grueso y pesado cinturón.

—Eres muy audaz, Carver Uhl-Havvus —calificó. .

—Las circunstancias lo requieren, Croyton —dijo el recién llegado—. Si hubiese actuado por mí mismo desde el primer momento, me habría ahorrado muchos disgustos.

—Y una chica llamada Luri estaría aún viva —murmuró Croyton sombríamente.

Carver se encogió de hombros.

—Lo quiso la suerte —dijo con frialdad—. Pero tú no irás a Marte, Croyton.

—¿Estás seguro?

El tubo electrizante apuntó a la muchacha.

—Eres un terrestre, un caballero galante —dijo Carver—. Tú no consentirás que a ella le pase nada.

—Por supuesto.

—En tal caso, te pondrás el traductor, cuyo control tengo yo, naturalmente. Voy a enviarte a un sitio donde no puedas interferir jamás mis planes.

—¿Adonde lo vas a enviar? —preguntó Tara.

Carver sonrió extrañamente.

—No volverá —contestó con laconismo.

—Apenas haya entrado en funcionamiento el traductor, efectuará una inversión de su fase, sin haber desconectado la de proyección —adivinó Croyton.

—Así será, en efecto —admitió Carver.

—Y mi cuerpo no se reconstruirá nunca.

—Justamente.

Tara se aterró.

—¡Eso significa la muerte! —exclamó.

—Croyton morirá por salvarte —dijo Carver.

—Mucho empeño tienes en impedir la coronación —dijo Croyton.

—No te lo puedes imaginar. Bien, ¿te pones el traductor o prefieres que muera ella?

Croyton suspiró.

—Temo que no me quedará otro remedio —dijo—. Y yo que me había encariñado ya con el papel de Cadnoo.

—En todos los sentidos —se burló Carver—. ¿No es verdad. Tara?

La muchacha enrojeció.

—Esto no tiene nada que ver con otros asuntos —contestó secamente.

—Tal vez, pero una cosa es segura: Cadnoo no coronará al buen Bettil XVII. ¡Vamos, Croyton!

El joven avanzó dos pasos. Alargó la mano derecha hacia el aparato y lo cogió, pero de repente, lo agitó en el aire y golpeó el tubo electrificante con todas sus fuerzas.

Carver lanzó un rugido de furia. Croyton le golpeó en la mandíbula.

Pero Carver era más fuerte de lo que aparentaba y tornó a la carga. Su contraataque derribó a Croyton.

Acto seguido, metió la mano bajo sus ropajes. Un puñal teledirigido centelleó en el aire.

Tara gritó. Caído en el suelo, Croyton elevó ambas manos a la vez que se contorsionaba y agarró el mango del puñal.

El poderoso impulso del artefacto le arrastró un par de metros por el suelo. Carver lanzó un aullido de furor.

Inmediatamente, soltó el control del puñal y se abalanzó sobre el tubo electrizante, caído en el suelo. Esta vez, el acero voló por los aires con un impulso natural.

Un horrible grito sonó de repente. Carver se sentó en el suelo, agarrándose el brazo derecho con la otra mano. El puñal había traspasado su mano derecha limpiamente.

Sudando a mares, Croyton se puso en pie. Dio unos pasos y recobró el tubo electrizante.

Carver le dirigió una mirada agónica.

—Me pillas en un buen día —dijo Croyton—. Tal vez la próxima vez no me sienta tan compasivo.

Se volvió hacia la muchacha.

—Nos ha estropeado la velada —dijo.

Tara respiró con gran alivio.

—Te has salvado y eso es lo que importa —contestó.

—Sí, claro. Bien, me parece que ya es hora de ir al astropuerto.

—Lo que tú digas, Croyton.

Al salir, oyeron un desesperado clamor del herido:

—¡Te mataré, farsante! ¡Juro que te mataré!

Tara tembló interiormente. Carver le daba miedo.

CAPITULO IX

—Tiene treinta días de tiempo para curarse —dijo Croyton—. La cirugía actual dejará su mano como nueva, pero eso no es lo que más me preocupa.

—¿Qué es, Croyton?

El joven se puso en pie. A través del gran ventanal de la cámara, contempló la imagen de la Tierra que disminuía rápidamente de tamaño.

—Resulta un tanto extraño viajar como pasajero en lugar de hacerlo como capitán de la nave —dijo.

—¿Encuentras diferencia? —preguntó Tara.

—Ausencia de preocupaciones... en este sentido.

—Pero estás preocupado por otra cosa, Croyton.

—Por una persona —corrigió él.

—Cadnoo.

—Sí, Tara, si no se puede llegar a pico Hornji, ¿cómo lo transportaron hasta allí?

—Dijeron algo de un translator...

Croyton hizo un gesto negativo.

—No acabo de creérmelo —manifestó—. Emplearon otro medio, pero aún esto es cosa de poca monta. Lo que me preocupa más de todo es el estado actual de Cadnoo.

—¿Crees que lo habrán drogado? —Su mente no estará receptiva. No puede estarlo, a fin de evitar la comunicación psicovisual, por

cualquiera que conozca su fórmula privada. Y eso no se consigue sino a base de drogas muy potentes que, por lo general, dejan rastros incurables. Sin contar con las interferencias del monte. Tara se mordió los labios.

—En tal caso, temo que no te quedará otro remedio que desempeñar el papel de Cadnoo en la ceremonia. Después, cuando Groof, Carver y su camarilla hayan sido barridos, habrá llegado el momento de intentar el rescate definitivo de Cadnoo.

—Desde nuestra llegada al día de la ceremonia, transcurrirán más de tres semanas. Habrá tiempo suficiente para intentar el rescate.

—Si te lo permitimos —dijo Tara sorprendentemente. Croyton respingó. —¿Qué has dicho? —preguntó.

—Ya lo has oído. Tenemos ahora a Cadnoo, listo para intervenir en una ceremonia casi milenaria. Como comprenderás, no vamos a desaprovechar la ocasión que se nos presenta.

Hubo un momento de silencio. Tara se dio cuenta de que Croyton contenía su furia difícilmente.

—De modo que os importa menos la vida de un hombre que esa maldita coronación —dijo.

—Cuidado —dijo ella—. Sé más respetuoso con tu lenguaje.

—¡Y un cuerno! —barbotó Croyton—. En cuanto aterrice, iré a buscar a...

—Tú no irás a ninguna parte —le interrumpió ella.

Croyton se quedó parado. Tara giró sobre sus talones y alcanzó la puerta de la cámara. Desde allí, enseñó algo.

—Trato, simplemente, de que la ceremonia no falle —continuó—. Si te fijas detalladamente, verás que la puerta no tiene cerradura desde el

interior. Es algo que planeé hace tiempo, de acuerdo con el comandante de la *Amaltea*, cuando compré los pasajes.

—Eres una...

—Por supuesto, no te faltará comida, ni bebida, ni tampoco distracción. Ahí tienes un magnífico televisor, con canal de lectura para la biblioteca de a bordo.

Tara levantó la llave en alto y la dejó caer sobre su amplio escote. Sonrió al despedirse:

—¡Hasta Marte!

* * *

—Puede costarme un disgusto —refunfuñó el capitán Braff.

—Todos los inconvenientes que puedan surgir, serán obviados adecuadamente —dijo Tara.

—Podían haber empleado una nave del Gobierno.

—Y anunciarlo públicamente por todas partes, ¿verdad? —contestó la joven, con acento sarcástico—. Si hay gentes que ya lo saben, sin haber divulgado la noticia de modo oficial, ¿qué habría pasado en tal caso?

Braff se encogió de hombros.

—Como quiera, pero, además, tendrán que indemnizar a la compañía —dijo.

—¿Por qué? —se sorprendió Tara.

—La hora de llegada son las diecinueve doce, tiempo marciano. Usted quiere que yo aterrice a las cuatro y media siguientes. A muchos pasajeros no les importará, pero otros reclamarán y pedirán ser indemnizados.

—Se pagarán esas indemnizaciones, capitán —aseguró la joven.

—Espero que sea así, porque, de lo contrario, me veo despedido —dijo Braff lúgubrementemente.

Y, en aquel momento, se oyó una ligera trepidación, a la vez que empezaban a sonar los timbres de alarma.

Los altavoces tronaron:

—¡Situación de emergencia por escape de aire en un departamento; ¡Permanezcan todos en sus sitios, estén donde estén, y no pierdan la serenidad! ¡Todos los compartimentos son estancos, de modo que no hay riesgo alguno! ¡Repetimos: permanezcan en sus sitios y mantengan la calma!

Tara miró inquisitivamente al capitán.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Pero Braff no le hacía caso. Por medio del interfono, se había puesto en comunicación con sus oficiales.

—Habla el capitán —dijo—. Sala de control central, informe de daños.

La entrevista había tenido lugar en la propia cámara de Braff. Tara contempló con ansiosa inquietud los movimientos del comandante de la nave.

—Habla control central —se oyó una voz—. Pérdida súbita de presión en el camarote trescientos dos. Se supone que por estallido del vidrio de la lucerna.

Tara se cogió la cara con las manos, a la vez que lanzaba un gemido:

—¡La trescientos dos!

—Control central, infórmese con seguridad —pidió Braff.

—No hay error, capitán —respondió el oficial de guardia—. En el cuadro de control de presión atmosférica, todas las lámparas son verdes, menos la correspondiente a la cámara trescientos dos. Está en rojo.

Tara se derrumbó sobre un sillón.

—¡Muerto, está muerto! —dijo, abrumada.

—¿No hay peligro de daños en otros departamentos, control? —inquirió Braff.

—La situación está dominada, señor. Sólo el departamento citado ha sido dañado. Si había alguien en su interior...

El oficial de control se calló. Sus últimas palabras eran sobradamente explícitas.

—Bien —decidió Braff—, envíe un equipo de reparación al exterior con proyectores de vidrio líquido, coagulable instantáneamente, para que coloque de nuevo la lucerna. Avíseme apenas haya concluido la operación. Puede anunciar el cese de la situación de emergencia.

—Sí, señor.

Los altavoces bramaron:

—¡Situación normal, situación normal! ¡Pueden volver a sus ocupaciones!

Tara y Braff se miraron. La joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

Braff dijo:

—Temo, señorita, que ya no hay motivos para que la nave llegue a su destino con retraso.

Cuando anunciaron que los daños habían sido reparados, Braff dijo que investigaría personalmente. Tras un ligero titubeo, Tara se decidió a seguirle.

La puerta de la cámara estaba ya abierta. Un oficial y algunos tripulantes se hallaban allí.

—Ni rastro del pasajero, señor —informó el oficial—. Seguramente, se hallaba demasiado próximo a la lucerna y la súbita salida del aire lo arrastró al exterior.

—¿Se conocen las causas de la rotura del vidrio? —preguntó Braff.

—Hemos hallado señales de explosivo. Opino —dijo el oficial—, que se colocó una carga desde el exterior, la cual fue accionada luego por ondas de radio. La explosión no fue muy fuerte, lo justo para quebrar la resistencia del vidrio, y el mismo aire que salía, se llevó también los restos de la bomba.

—Así tuvo que ocurrir, en efecto —convino Braff—. Bien, pueden irse; yo me quedaré para echar un vistazo a la cámara.

El oficial saludó:

—Sí, señor.

Braff y Tara quedaron solos en el umbral.

—Me siento abrumada —dijo la muchacha.

—Es un serio contratiempo, en efecto. Conocía a Croyton y sé que era un buen astronauta.

—Algunos decían que era un chapucero. Otros pensaban que se dedicaba al contrabando. No le llorarán muchos creo.

Tara sufrió un terrible choque al oír aquella voz. Braff, enormemente sorprendido, giró en redondo.

—¡Rayos! ¡Si es...!

Tara no quiso volverse. Cerró los ojos y pidió:

—Capitán, dígame si es él o su fantasma.

—Por lo que yo veo —refunfuñó Braff—, es él. Y aquí lo tiene; nosotros poco menos que vestidos de luto y él, tan fresco.

Croyton se echó a reír.

—Hombre, después de haber salvado el pellejo, no pretenderá que venga soltando mares de lágrimas —exclamó.

Tara se volvió hacia él.

—Croyton, maldito granuja, ¿cómo...?

Braff comprendió que estorbaba.

—Me voy —anunció—. Ahora bien, una cosa es segura: la carga explosiva fue colocada desde el exterior. Averiguaré quién ha salido sin permiso y le daré un disgusto de los gordos. Además, le pediré que me diga por orden de quién hizo semejante barbaridad.

—No se moleste, capitán —dijo Croyton—. Es fácil imaginarse quién dio la orden de eliminarme. Si encuentra al autor de la explosión, no le dirá mucho más, créame.

—¡Pero tú puedes correr peligro otra vez! —arguyó Tara.

Croyton hizo un gesto de indiferencia.

—Ya me cuidaré —respondió—. Insisto, capitán, no se moleste.

Braff se marchó echando pestes. Croyton y Tara quedaron solos.

—Pero, ¿cómo conseguiste escapar? —preguntó ella, desconcertada.

—Querida, olvidaste los conductos de aireación, los que, por fortuna, también disponen de compuertas que actúan automáticamente, apenas baja la presión de un determinado nivel de seguridad. Como comprenderás, no tenía intenciones de permanecer encerrado hasta llegar a Marte.

—Fui una imprudente —se acusó Tara, afligida—. Pero creí que era lo mejor.

—Querida, es hora de que reconozcas tus defectos —sonrió Croyton—. Y, en lo sucesivo, déjame dirigir las operaciones, por favor. ¿O es que pensabas que iba a escaparme si no me dejabas cerrado en la cámara?

—Bueno, yo quería estar segura...

—Y has estado a punto de provocar una catástrofe. Bien, no se hable más del asunto. Hablemos ahora de nosotros mismos.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

Croyton sonrió mientras cerraba la puerta. Luego volvió junto a la joven y la abrazó estrechamente.

—Esto es lo que quería decirte —murmuró.

—Es... es una canallada...

Tara trató de resistirse. Protestó, incluso cuando los labios del joven oprimían los suyos con fuerza:

—Mmmm... Mmmm...

Pero sus protestas cesaron bien pronto, cuando se sintió envuelta en un estallante vértigo, que le hizo olvidar cuanto sucedía a su alrededor.

CAPITULO X

El monorrueda todo terreno bajó lentamente, suspendido del cable de la grúa, en medio de la oscuridad de la noche marciana. El gancho se soltó automáticamente, apenas se posó el vehículo en el suelo.

Las luces del astropuerto quedaban atrás. Croyton dio el contacto y, en el mismo instante, el giróscopo estabilizador del aparato empezó a girar con una velocidad de varias decenas de miles de revoluciones por minuto.

Cuando estaba parado, el monorrueda se sostenía por dos patas, que, con la rueda, completaban los tres puntos de apoyo. Al iniciar la marcha, las patas sustentadoras se replegaban automáticamente.

Croyton avanzó la palanca de mando y el monorrueda se deslizó suavemente hacia adelante. A unas decenas de metros, encendió los reflectores.

Delante de ellos se alzaba una serie de colinas, de suaves pendientes y cumbres romas. Croyton pasó por las vaguadas y se lanzó a toda velocidad por un trozo de suelo, desértico y sin apenas vegetación.

Tara viajaba silenciosamente a su lado. Ardía de impaciencia por conocer las intenciones del joven, pero no se atrevía a preguntarle nada, por temor a una cáustica respuesta.

La noche quedó atrás y el monorrueda seguía moviéndose por zonas apenas habitadas. Poco después del amanecer, Tara divisó en lontananza un conjunto de edificaciones.

—¿Qué es eso? —rompió por fin su silencio.

—Se llama Kvivur y es una pequeña aldea, cuyos habitantes viven principalmente de la agricultura. Pero tiene también un par de comercios.

—¿Qué vas a comprar allí?

—El equipo que necesitamos para el rescate de Cadnoo. Además, descansaremos un poco. No es probable que los espías de Carver lleguen hasta Kvivur.

—Llegaron a la nave, Croyton.

—Y allí siguen.

—A estas horas, ya saben que hemos desembarcado.

—Sí, pero ignoran nuestra ruta. Si te fijaste, caminamos durante diez o doce kilómetros en dirección nordeste. Luego viré noventa grados a la izquierda, cuando ya no podían vernos. Hubiera usado un helimóvil, pero habría sido fácilmente detectado por radar.

—Ahora ya lo entiendo —sonrió Tara.

Minutos más tarde, entraban en Kvivur. Croyton detuvo el vehículo frente a un edificio en el que un rótulo anunciaba había habitaciones y se servían comidas.

—Me gastan las posadas de pueblo —dijo, al abrir la portezuela—. Carecen de las comodidades de los grandes hoteles, pero se vive mejor y, sobre todo, se come estupendamente.

—Eres un sibarita —le reprochó ella.

—Se hace lo que se puede, querida.

Minutos más tarde, Tara estaba en su habitación.

—Puedes descansar —indicó Croyton—, pero no salgas bajo ningún concepto. Si necesitas algo, que te lo traigan a la habitación.

—¿Adónde vas tú? —inquirió ella, curiosa.

—A comprar unas cosas, ya te lo he dicho. Aunque, de todas formas,

antes de iniciar la operación, haré una intentona por otros medios.

—¿Qué medios? —preguntó Tara.

—Diplomáticos —respondió Croyton escuetamente.

Tara se quedó a solas con su perplejidad.

«¿Acaso ese tonto piensa que se puede rescatar a Cadnoo empleando la diplomacia», murmuró, un tanto irritada.

* * *

A media tarde, Croyton llamó a la puerta del cuarto de Tara.

Ella abrió, nerviosa e impaciente.

—Has tardado...

—He trabajado y también he descansado un poco —cortó él. Traía un gran paquete en las manos y lo dejó sobre la cama—. Cámbiate de ropa —añadió.

Tara le miró sorprendida.

El aspecto de Croyton había cambiado bastante.

Ahora vestía de un modo muy parecido al de los montañeses de Uhl-Hiaffar, si bien el color de los ropajes era semejante al de la arena. Los adornos de piel tenían una tonalidad algo más intensa.

—¿He de vestirme así? —preguntó ella.

—Son los ropajes más adecuados. Por las noches, pasarás frío.

—No en el monorrueda, con su ambiente...

—Tara, a ciento cincuenta kilómetros del pico Hornji, el monorrueda dejará de funcionar. Tendremos que caminar a pie.

Ella se estremeció.

—¡A pie! Pero yo no...

Croyton frunció el ceño.

—Diríase que Cadnoo no te importa en absoluto —manifestó—. Y, si de veras eres su prometida, debes intervenir personalmente en su rescate.

Tara ya no encontró argumentos que oponer a los de su acompañante.

—Te espero abajo —sonrió Croyton, mientras abandonaba el dormitorio.

Media hora más tarde, Tara apareció en la puerta. Croyton la contempló apreciativamente.

—Te sienta bien el traje de montañesa —dijo.

—Pero no es del mismo color, Croyton.

—Oh, ellos se enfadarían muchísimo si lo usáramos idéntico al suyo.

—¿Y por qué se habrían de enfadar? No vamos a ver a ningún montañés...

—Te equivocas —atajó él fríamente—. La gestión diplomática que te anuncié consiste precisamente en hablar con Smyria, la jefa de los montañeses de Uhl-Hiaffar.

Tara se quedó tan sorprendida por aquella respuesta que, cuando quiso reaccionar, el monorrueda salía ya por el otro lado de Kvivur a toda velocidad.

* * *

La barrera de montañas, con agudos picos que alcanzaban varios miles de metros, cerraba el horizonte. Croyton conducía el vehículo con

pulso firme, mientras Tara, agotada después de una noche de viaje sin descanso, dormía en su asiento.

Una hora después, alcanzaron las primeras estribaciones de la cordillera. Croyton se metió por un angosto paso rocoso, sorteando numerosos obstáculos con habilidad y pericia. El terreno era muy accidentado y la marcha del vehículo se redujo considerablemente.

De repente, un enorme chorro de humo y tierra pulverizada se levantó delante del monorrueda, a la vez que se oía una atronadora explosión.

Tara despertó sobresaltada. Croyton frenó en seco.

—¿Qué ocurre?— preguntó la muchacha.

—Imagino que es el aviso de un centinela —contestó él.

—Nos han disparado...

—Sí, con un viejo fusil que emplea proyectiles para-nucleares, no radiactivos, desde luego. A los montañeses les gusta mucho el ruido.

Un gigantesco sujeto apareció de pronto ante ellos. El fusil, corto, pero de casi dos centímetros de calibre, reposaba sobre el hueco de su brazo izquierdo.

Croyton se apeó.

—No se puede seguir —dijo el montañés.

—¿Me cierras tú el paso? —preguntó Croyton, sonriente.

La mano derecha del sujeto señaló sucesivamente dos puntos en los riscos.

—No estoy solo —respondió. —Poco os fiáis de los visitantes. —De los que provienen de Capital Central, nada. Media vuelta y largo de aquí, ¿entendido? Croyton no se inmutó.

—Voy a pasar —anunció—. No me gustaría hacerte daño.

El montañés sonrió despectivamente.

—¿Tú?

—¿Quieres verlo? El fusil cayó a un lado.

—¡No le hagáis nada! —gritó el jefe de los centinelas—. Voy a darle una buena lección. Y se arrojó contra el joven.

Croyton le aguardó a pie firme'. Cuando el montañés caía sobre él, hizo un hábil quiebro, esquivándole. Luego se situó a sus espaldas y lo agarró por la cintura.

Acto seguido, tomó impulso y lo disparó hacia arriba. El montañés, tras un vuelo de más de diez metros, aterrizó sobre el cuerpo de otro de los sorprendidos centinelas, encaramado en un saliente del risco.

Croyton se precipitó sobre el fusil caído y apuntó al tercer centinela.

—¡Quieto! —gritó—. Si te mueves, pulverizaré las rocas.

El montañés, atónito, permaneció inmóvil. En el lado opuesto, los otros dos empezaban a reaccionar. —Bajad aquí, los tres —ordenó Croyton. Momentos después, los montañeses aparecían en el fondo del paso, humillados y avergonzados. —Tienes una fuerza colosal —dijo el jefe. Croyton sonrió.

—Tú eres un hombre muy resistente —contestó—. Otro cualquiera, se habría roto la cabeza. Está bien, voy a seguir adelante. Por alguna parte, tienes un psicotransmisor de radio. Avisa a Smyria de que yo, Croyton Uhl-Armform, voy a visitarla.

—Espero que ella te reciba —deseó el montañés—. Ordinariamente, no le gustan las visitas de los extraños.

—En esta ocasión, Smyria cambiará de modo de pensar. —Croyton lanzó el fusil hacia su dueño, quien lo atrapó al vuelo—. Otro día te

daré el desquite.

—Lo aceptaré con gran placer.

Croyton regresó al monorrueda y lo puso en marcha. Los tres centinelas le dejaron pasar sin más obstáculos.

—Ha sido una estupenda demostración de fuerza —elogió Tara.

—Es lo que les gusta a los montañeses. Claro que ignoraban que yo llevo puesto mi multiplicador de potencia muscular y que lo he usado al máximo de tensión.

—Si adivinan la trampa...

—No tendrán ocasión —aseguró él.

* * *

Media hora más tarde, entraban en un vasto anfiteatro, de varios kilómetros de diámetro, rodeado por cumbres en las que se veían a veces extensas manchas negras. Abundaban las corrientes agua y añosos árboles, descendientes de los colonos terrestres, más de tres mil años antes, alegraban la vista y daban sombra y verdor al paisaje.

Tara observó con curiosidad la aldea montañesa, el núcleo mayor, según le indicó Croyton. Muchos de ellos vivían en cuevas excavadas en las laderas, aunque también abundaban las viviendas hechas con enormes sillares de piedra.

La joven observó también la notable belleza de la mayoría de las montañesas, altas y robustas, aunque no exentas de gracia y armonía en su figura. Salvo los ancianos, hombres jóvenes se veían pocos.

—Estarán labrando los campos o dedicados a la caza y pesca, sus ocupaciones favoritas —explicó Croyton.

—Una existencia primitiva —calificó ella.

—Pero que no deja de tener su encanto —contestó Croyton, a la vez que orientaba el vehículo hacia un edificio de grandes proporciones, en comparación con los restantes—. Ahí vive Smyria, la jefa del clan de los montañeses de Uhl-Hiaffer —indicó.

CAPITULO XI

Croyton y Tara aguardaban en una sala de buenas dimensiones, adornadas con pieles de animales y algunos objetos de aparente rusticidad, aunque de línea atractiva. Al fondo había una gran puerta, con dintel de arco de medio punto, cubierta por una cortina hecha de un espeso tejido rojo.

La cortina se abrió de pronto. Una mujer muy alta, hermosa, de formas majestuosas y abundante cabellera negra, apareció ante los visitantes.

—Te saludo, Smyria —dijo Croyton.

Tara contuvo el aliento. ¡Conque aquella belleza era la jefa indiscutible de los orgullosos montañeses de Uhl-Hiaffar!

—Te saludo, Croyton —dijo Smyria sosegadamente—. ¿Quién es la mujer que te acompaña?

—Tara Thoss, buena amiga mía... y funcionario del Gobierno de Marte.

Smyria hizo un gesto despectivo.

—No hay memoria en Uhl-Hiaffar de la visita de un funcionario del Gobierno, salvo cuando vienen a cobrar los impuestos —dijo—. ¿Acaso piensan elevar nuestras cuotas?

—Smyria, nuestro viaje tiene un objeto muy distinto del de cobrar impuestos —respondió Croyton—. Es, simplemente, una gestión diplomática, aunque personal.

Smyria hizo un gesto con la mano.

—Hay asientos —indicó, mientras ella se sentaba en un sillón de duro respaldo—. ¿Cuál es la gestión?

—¿Puedo hacerte antes unas preguntas?

—Claro —accedió la joven.

—Vosotros, los montañeses, estáis a favor de Groof Uhl-Mavvus. Se dice que sois fanáticamente partidarios del pretendiente.

—Somos partidarios del que nos reconozca plena autonomía y nos libere de impuestos y gabelas —contestó Smyria secamente.

—Y Groof, es decir, sus representantes, os han prometido daros lo que acabas de mencionar.

—No tengo por qué negarlo. Pero pobre de él si cuando llegue al trono no cumple su palabra.

—Smyria, no quisiera tratarte de ingenua, pero sospecho que os están utilizando como pantalla para unos hechos muy turbios. No digo que el Gobierno actual esté compuesto por santos, pero tengo la impresión de que, si Groof llega a ser rey, su camarilla resultará aún peor y olvidarán sus promesas apenas se vean en el poder.

—Conviene que sepas que a los montañeses no se nos conoce bien —declaró Smyria—. Hemos dado palabra de ayudarles; ellos cumplirán la suya o se atenderán a las consecuencias, repito.

—No lo dudo, pero ahora habrás de permitirme que te prometa solemnemente, en nombre del Gobierno actual, la autonomía y la exención parcial de impuestos.

No total, no, en absoluto; todo ciudadano debe contribuir a los gastos generales de la comunidad. La exención de impuestos en favor exclusivamente de un grupo, racial, ético, religioso o político, es inmoral y antisocial.

Smyria parecía atónita. El asombro de Tara no era menor.

Croyton prosiguió:

—Es cierto que los beneficios que recibía del Gobierno central son

mínimos, pero no se os tiene en un total abandono. Algo os aprovecháis: ciencia, cuando estáis enfermos de gravedad; cultura, transportes en determinadas ocasiones... No contribuir a esos gastos sería un privilegio del que el resto de los marcianos protestaría y con razón además. La exención será del ochenta por ciento de lo que pagáis actualmente, pero en ningún momento total.

—¿Cómo puedes asegurarlo tan formalmente? —preguntó Smyria.

—Aquí tienes, a mi derecha, al representante del Gobierno —mintió Croyton descaradamente.

Tara no sabía el juego que Croyton llevaba entre manos, pero decidió secundarle.

—Así será —confirmó.

—Los montañeses estamos cansados de promesas... —alegó Smyria, irritada.

—Esta vez las promesas se cumplirán. Y, una cosa, si os ponéis decididamente al lado de Groof y la rebelión, como espero, es aplastada, el Gobierno central no tendrá piedad de vosotros.

—Nos amenazas, Croyton.

—Sois fuertes y bravos, pero el número sería una baza definitiva.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Smyria dijo:

—Antes de tomar una decisión, quiero hablar a solas contigo, Croyton. Ella puede esperar aquí.

—De acuerdo.

Smyria se puso en pie y se dirigió hacia las cortinas. Croyton la siguió en el acto.

Los minutos transcurrieron lentamente. Tara se sentía como sobre

ascuas.

Pasó media hora. Una hora.

Tara estaba a punto de explotar. La cortina, por fin, se abrió y Smyria y Croyton aparecieron ante sus ojos.

—Ella ha tomado una decisión —anunció el joven.

—Someteré vuestras propuestas al consejo del gobierno de la tribu. El asunto es demasiado importante para que pueda decidir por mí misma —manifestó Smyria.

—¿Cuánto tardaremos en recibir la contestación? —preguntó Tara.

—Mañana, a estas mismas horas. Mientras tanto, podéis alojaros en mi residencia.

—Detalle que agradezco personalmente —sonrió Croyton—. Y en lo que a mí se refiere, voy a hacer algo que casi tengo olvidado desde hace años.

—¿Qué es? —inquirió Tara, curiosa.

—Pescar en el río —respondió el joven sorprendentemente.

* * *

Casi un día más tarde, Croyton apareció en el cuarto de Tara, con la caña al hombro y un manojó de peces en la otra mano, ninguno de los cuales medía menos de medio metro ni tenía un peso inferior a los tres kilos. Pero la joven estaba que ardía de impaciencia y de cólera.

—Mira que irte de pesca en estas circunstancias —dijo furiosa—. Sólo a un tipo inconsciente y falto de seso se le podía ocurrir una cosa semejante.

—Querida, tú desconoces las ventajas de la vida primitiva —respondió él, sin amilanarse—. Una jornada de pesca en el río descansa los

nervios, tranquiliza el ánimo y resulta muy propicia a la meditación. Los resultados son sorprendentes.

—Vi a Smyria que seguía tus pasos horas más tarde —manifestó la joven.

—Es cierto. Estuvimos charlando con calma,

—¿Forma parte esa conversación de tu operación diplomática?

Croyton sonrió sibilinamente.

—Hace algún tiempo, pasé unas semanas aquí —respondió—. Smyria y yo nos hicimos buenos amigos.

—Más que amigos, sospecho —dijo Tara, rencorosamente.

—En determinados aspectos de la existencia, las costumbres de los montañeses son muy libres. Ella es hermosa, yo no soy un viejo... El lugar es muy agradable...

—¡Basta, no sigas! —cortó ella, irritada—. No me describas tu idilio de la Edad de Piedra con esa salvaje.

Croyton dejó de sonreír.

—Lo creas o no, esa salvaje tiene en sus manos la vida de Cadnoo —dijo.

—Entonces, ¿sabe...?

—¡Claro que lo sabe! —barbotó él—. ¿Por qué, si no, estamos aquí?

Tara se quedó confundida.

—Yo creí que habías venido a pedirle auxilio para una expedición al pico Hornji, aunque sin especificar del todo los motivos —manifestó.

—Tara, tienes que aprender de una vez que a un montañés no se le

puede engañar. O le cuentas la verdad o no admite tratos.

—Está bien —dijo ella, algo más amansada—. Pero, ¿cuál es la decisión de Smyria?

—De momento, faltan todavía dos horas para que finalice el plazo que nos dio, así que voy a llevar a la cocina estos magníficos pescados. Los sustos se reciben mejor con la tripa llena.

—Un hombre incomprensible —murmuró Tara al quedarse sola. Pero poco más tarde, hubo de reconocer la exquisitez de aquellos pescados.

Dos horas después, le avisaron de que Smyria les aguardaba en su salón privado.

Croyton y Tara acudieron al lugar indicado. Smyria les recibió fríamente.

—El consejo y yo hemos llegado a una conclusión —anunció.

—¿Cuál es? —preguntó Tara ávidamente.

—Croyton deberá rescatar, solo y personalmente, a Cadnoo. Después, deberá sostener los derechos de Bettil con las armas en la mano.

—¿Un duelo?

—Sí.

Tara se echó a temblar.

—¿A... muerte?

—Sólo uno de los dos contendientes saldrá con vida —anunció Smyria impasible.

—Es decir, que el contrincante de Croyton será el que mantenga los supuestos derechos del pretendiente.

—Exacto.

—Pero, ¿aceptará?

—Tendrá que aceptar o perderá nuestro apoyo. Entonces, apoyáramos a Bettil.

Tara volvió los ojos hacia Croyton. El joven aparecía tranquilo, sin dar la menor señal de nerviosismo.

—¿Has oído? —preguntó.

—No me he perdido una sola sílaba —sonrió él.

—Pero... si mueres...

—Trataré de sobrevivir.

—Un duelo... con un montañés hábil en el uso de sus armas...

—Te equivocas, Tara —intervino Smyria—. El contrincante de Croyton no será un montañés, sino, repito, el que más empeño tiene en conseguir que Groof se siente en el trono de Marte.

Tara adivinó la verdad.

—¡Carver! —exclamó.

—Ese es el nombre —corroboró Smyria fríamente.

Y se puso en pie.

—¡Un momento! —exclamó Tara—. ¿Cuándo se celebrará ese duelo?

—Cuando Croyton regrese con Cadnoo...

—El pico Hornji es muy peligroso. Puede..., puede no regresar... '

—Entonces, no habrá duelo y Bettil será depuesto —declaró Smyria sin alterar el tono de su voz—. La audiencia ha terminado —se despidió.

Tara y Croyton se quedaron solos.

—¿Vas..., vas a ir al pico Hornji? —preguntó ella temerosamente.

—Por supuesto, no me queda otro remedio.

—Podemos volvernos a Capital Central. Una vez allí, serás Cadnoo y te evitarás...

Croyton negó con la cabeza.

—Iré a pico Hornji —respondió.

—Está a ciento cincuenta kilómetros. No puedes usar ningún vehículo.

—Lo sé. Iré a pie.

—Tardarás diez días, al menos, entre ir y volver.

—Un cálculo muy acertado —sonrió Croyton.

—Pero, ¿de qué vivirás esos diez días? Además, las temperaturas son bajísimas.

—Hay caza en abundancia, agua no falta y llevo ropa de abrigo.

—Tú encuentras respuesta para todo, pero el asunto no es tan fácil como parece.

—Tara, lo importante es que Cadnoo esté presente en la corte el día del Año Nuevo marciano.

—Y yo me quedaré aquí...

—Esperando mi regreso.

—¡Pero si ni siquiera sabes el lugar exacto del escondite! —exclamó Tara, furiosa porque Croyton no daba su brazo a torcer.

—Querida, lo importante es llegar al pico Hornji —respondió él calmadamente—. Si lo consigo, el resto no tendrá apenas importancia.

—Bien, de acuerdo. Supongamos que rescataras a Cadnoo. Tendrás que luchar contra Carver... y será un duelo a muerte.

—Desde luego. Uno de los dos tendrá que morir.

Ella le miró horrorizada.

—¿Qué armas se usarán? —preguntó.

—Habrà conversaciones al respecto —contestó—. Lo que sí puedo decir es que el duelo se celebrará en el barranco de los cuchillos.

Tara le miró espantada.

—He oído hablar de ese horrible lugar. ¿Cómo es posible que, en pleno siglo cincuenta y tres puedan cometerse semejantes barbaridades?

—Quizá esas barbaridades le dan un poco de aliciente a la existencia —dijo él, sonriendo alegremente.

CAPITULO XII

Tres noches más tarde, Croyton acampó casi al pie del pico Hornji.

El lugar era terriblemente áspero y agreste. Escaseaba la vegetación y toda ella, en general, era de tipo antiterrestre. En aquellos parajes, apenas si se habían hecho intentos de aclimatación de plantas terrestres.

La montaña se alzaba a unos dos mil metros de altura, afilada como una aguja, cubierto su pico con hielos eternos. En algún lugar de aquel casi perfecto cono, se encontraba el prisionero.

Croyton encontró algunas ramas secas de extraños árboles, desconocidos en la Tierra y se calentó un bote de sopa, del paquete de provisiones que había llevado consigo. Luego asó un poco de carne, procedente de una cabra salvaje. Al terminar de cenar, se sintió notablemente conformado.

Había lobos en aquellos parajes. Eran descendientes de algunos canes traídos de la Tierra y convertidos luego al salvajismo. Pero le preocupaban menos que los hombres.

Casi desde su partida se había sentido vigilado por unos ojos invisibles. Un psicovisor no era, desde luego; bajo su gorro de pieles, había tenido buen cuidado de colocarse un casquete interferidor.

En un par de ocasiones, sin embargo, se había despojado del casco, con intención de entablar contacto con el prisionero. Sus intentos habían resultado inútiles.

Un poco más tarde, buscó un hueco abrigado entre las rocas, que le protegía del helado viento que descendía de las alturas. Acurrucado en el hueco, se dispuso a pasar la noche, pensando que, en medio de todo, era una ventaja que los colonizadores de Marte, a lo largo de los siglos, hubieran sabido crear una atmósfera que hacía innecesaria la escafandra.

Transcurrió una hora. Una sombra se movió entre las rocas.

El individuo iba armado con un puñal, pero lo llevaba en la mano, a fin de evitar la acción de su interferidor, si lo usaba por control remoto.

Lentamente, se acercó al durmiente. Croyton permanecía inmóvil.

El puñal se alzó y bajó con fuerza. Sonó un ruido metálico.

La hoja de acero, rota a causa del golpe contra la roca, saltó por los aires. El atacante, desconcertado, se quedó inmóvil.

El trozo de puñal que aún tenía en la mano cayó al suelo. Atónito, el individuo tanteó como un ciego.

Una exclamación de ira brotó de sus labios. ¡No había nadie en el hueco!

Lejos de allí, en el absoluto silencio de la noche marciana, sonó una burlona carcajada. Demasiado tarde comprendió el atacante la trampa de que había sido objeto.

Furioso, blandió el puño en dirección al lugar donde habían sonado las risotadas de Croyton.

—¡Pero no llegarás vivo allá arriba! —gritó.

Y luego, sacando una lámpara, la enfocó hacia la cumbre y envió señales luminosas, en un código que no había variado el paso de los siglos: el morse.

—Croyton me ha engañado con una proyección psicovisual de su figura —informó—. Es preciso evitar a toda costa que llegue al escondite.

Arriba, en el borde de la zona nevada, brilló otra lámpara.

—¿Cómo es posible tal cosa? Aquí no funcionan los psicovisores ni siquiera los transmisores corrientes de radio.

—No lo sé. Lo ha hecho y eso es todo. Es un hombre muy astuto. Tened cuidado con él.

—Le haremos el recibimiento que se merece.

—Y si la cosa se pone apurada, ya conocéis las órdenes : hay que liquidar al prisionero.

—Así lo haremos..., aunque no llegará el caso.

* * *

Croyton tardó otra jornada en aproximarse al lugar donde estaba el prisionero.

Ahora, más que nunca, debía tener infinito cuidado. Los secuaces de Carver eran capaces de asesinar a su prisionero si se veían en apuros.

Al llegar la noche, se descargó la mochila y sacó de ella un aparato, cuyas indicaciones estudió atentamente.

—No hay duda —murmuró—. Una colosal masa de magnetita interfiere todas las ondas eléctricas.

Reflexionó un momento. Sin duda, aquel enorme bloque de mineral magnético había caído del cielo miles de millones de años antes. Las posteriores convulsiones geológicas, que había dado a Marte su aspecto actual, lo habían sepultado bajo el suelo, a varios miles de metros de profundidad.

Pero la capa rocosa que lo cubría no era suficiente para detener del todo sus radiaciones. Por medio del medidor de campo, Croyton calculó la intensidad de la emisión magnética.

Al cabo de unos momentos sacó otro aparato y desplegó una pequeña antena. Con un diminuto barreno manual, dotado de multiplicador, perforó un agujero de un metro de profundidad, en el que insertó un cable que se hundía en el suelo, hasta el fondo del orificio.

Acto seguido orientó la antena del aparato, haciéndola girar muy lentamente, hasta que en la esfera de control se detuvo la aguja indicadora en determinada posición.

Croyton tomó nota de la situación de la aguja. Movi6 otro dial y una segunda esfera empez6 a funcionar.

A los pocos segundos, vio que la aguja se detenía ante una cifra. Sonrió satisfecho.

—Está a mil seiscientos metros, en dirección Este-nordeste, exactamente —se dijo.

Consultó el reloj. Faltaban seis horas para el amanecer.

Tranquilo, buscó un lugar adecuado y se tendió a dormir. Cinco horas más tarde, se despertó, fresco y descansado.

—Bien, ha llegado la hora del rescate.

* * *

La mochila quedó a un lado. Croyton se colocó a la espalda un cilindro de unos sesenta centímetros de largo por diez de diámetro. El cilindro estaba sujeto a un arnés, que lo separaba casi veinte centímetros del cuerpo.

Sujetó bien las hebillas del arnés. El cuadro de mandos quedaba sobre su pecho.

Dio el contacto. Tensó los músculos.

En la base del cilindro había cuatro eyectores de un centímetro de diámetro. Cuatro chispas rojas aparecieron de inmediato, siseando tenuemente.

Croyton accionó una palanquita y los gases salieron con más fuerza. Inmediatamente, se elevó en el aire.

Con la mano izquierda, daba más o menos potencia a los eyectores, de modo que podía desplazarse en todos los sentidos. Voló oblicuamente, aunque siempre en ascensión, a unos ochenta o noventa kilómetros por hora.

Un minuto más tarde, había alcanzado el límite de los hielos. Ganó cincuenta metros más de altura y viró en redondo, descendiendo ahora con el máximo de lentitud.

Momentos más tarde, divisó una plataforma rocosa de cierta amplitud. Parado en las inmediaciones del borde, había un hombre armado.

En el último instante, el sujeto presintió el peligro y se volvió.

Era ya tarde; algo cayó de las alturas y le golpeó en plena cara, lanzándole a gran distancia.

Se oyó un alarido aterrador. El vigilante había salido despedido de la plataforma y rodaba por una pendiente rocosa de gran inclinación. Se oyó un golpe sordo y luego volvió 'el silencio.

Alguien salió corriendo de una cueva próxima.

—¡Urkis! ¿Qué sucede?

Croyton se volvió en redondo. El otro sujeto emitió una imprecación y giró de nuevo, para volver a entrar en la cueva.

El joven accionó a fondo el propulsor individual. Cruzó la boca de la cueva como un obús y cayó sobre el segundo de los vigilantes, aplastándole contra el suelo.

Acto seguido se puso en pie. La oscuridad era absoluta.

—Cadnoo —llamó, pero nadie le contestó.

Croyton se inclinó sobre el caído y le registró. Una lámpara portátil pasó inmediatamente a sus manos.

Los rayos de luz disiparon las tinieblas. Croyton se encontró en una cueva de grandes dimensiones, si bien era más profunda que alta y ancha.

Al fondo divisó a un hombre tendido sobre un rústico camastro de pieles. El individuo dormía profundamente.

A Croyton le extrañó sobremanera que el prisionero no se hubiese despertado con el estruendo de la lucha. Corrió hacia él, a la vez que gritaba su nombre, pero el prisionero no pareció haberle escuchado siquiera.

—¿Estará muerto? —se preguntó.

Bruscamente, un obstáculo invisible le cerró el paso.

Sintió un vivo dolor en la frente y rebotó hacia atrás, tambaleándose con violencia.

Estrellas de todos los colores surgieron ante sus ojos. Croyton comprendió que, de no haber sido por la protección del gorro de pieles, el golpe habría tenido peores consecuencias.

Durante unos segundos, permaneció como aturdido. Luego, al rehacerse, avanzó con más cuidado y tanteó con ambas manos el muro de vidrio.

Resultaba completamente invisible. Juzgando por el impacto, debía de ser lo suficientemente fuerte como para no poder ser roto por medios ordinarios.

«Muy astuto», pensó.

Golpeó el vidrio con los nudillos y se oyó un suave tañido musical. A los cuatro o cinco golpes, el prisionero despertó y abrió los ojos.

Croyton había dejado la lámpara en el suelo, de modo que pudiera alumbrar la escena con comodidad. Se quitó el gorro de pieles, a fin de

hacerse más fácilmente identificable, y agitó las manos, a la vez que pronunciaba su nombre a gritos.

El prisionero se levantó y caminó torpemente hacia el muro de vidrio. El espacio que tenía como cárcel era, sin embargo, bastante amplio. Croyton apreció que tenía barba de algunas semanas y que sus movimientos carecían de soltura.

—¡He venido a salvarte! —gritó.

Pero el otro pareció no oírle y se puso una mano en la oreja. Croyton comprendió que el vidrio insonorizaba el otro sector de la cueva.

Pendiente del hombro llevaba un fusil con granadas paranucleares. Descolgó el arma y retrocedió unos pasos, dispuesto a hacer saltar el vidrio a tiros, pero el prisionero hizo vivos gestos de terror.

Croyton frunció el ceño.

—Debe de haber alguna trampa mortal, que funciona si se rompe el muro por medios violentos —se dijo.

Regresó junto a la pared transparente. Volvió a gritar, pero el prisionero insistió en que no le oía.

La luz del día penetraba ya en la cueva. Croyton maldijo entre dientes.

—Una condenada situación. ¿Cuál es la trampa?

El prisionero señaló un punto situado en la base del muro, hacia su derecha. Luego hizo unos gestos gráficos, aspirando con fuerza, agitándose extrañamente y simulando, al fin, que caía muerto.

Croyton comprendió.

—¡Gas!

El otro vio el movimiento de sus labios y asintió sonriendo.

—Es fácil de entender —murmuró Croyton—. Sin conocer el mecanismo de desconexión, la trampa de gas funcionará apenas se rompa el muro.

Meditó profundamente durante unos segundos. Luego se arrodilló y examinó la caja que contenía el gas letal. Un pequeño botón asomaba al exterior. Croyton se dio cuenta de que, de no haber actuado a tiempo, habría bastado un ligero puntapié del centinela, para que el otro sector de la cueva se hubiera inundado de gas en pocos segundos.

—Una explosión disparará el mecanismo —se dijo—. Pero tal vez haya otro medio de evitarlo.

Resuelto, dejó el fusil a un lado y se descolgó el propulsor. Luego hizo señas al prisionero de que se retirase al fondo y que, si salía gas, que contuviese el aliento cuanto tiempo pudiera.

Luego le indicó sus propósitos. El otro hizo un gesto de asentimiento.

Croyton apoyó los pies firmemente en el suelo. Acto seguido, encendió los eyectores del propulsor.

Cuatro chorros de llamas, a elevadísima temperatura, salieron disparados contra el vidrio, que empezó a fundirse a los pocos instantes. Manteniéndose sólidamente plantado en el suelo, Croyton trazó un amplio círculo, cuyo punto más bajo se hallaba a un palmo escaso de la tierra.

De repente se oyó un chasquido. Un potentísimo chorro de vapor brotó de la trampa. Frenético, Croyton asestó un puntapié al vidrio.

Un círculo transparente cayó al suelo. Croyton lanzó un aullido y el prisionero, tapándose las narices con las manos, trotó torpemente hacia el hueco.

Croyton contuvo el aliento. Nubes de gas letal salían ya por la abertura, cuando tiró de uno de los brazos del prisionero.

Segundos más tarde llegaban fuera de la cueva. Croyton se apartó a un lado, buscando el aire puro. Cuando creyó que el peligro había pasado, hizo una prueba, y en seguida, él y el rescatado pudieron respirar a pleno pulmón.

CAPITULO XIII

—Es increíble —dijo Cadnoo.

Croyton sonrió.

—Seguro que no dabas un penique por tu pellejo —contestó.

—Algo por el estilo. Pero lo que más me sorprende es que tú...

—Me pareció que debía hacerlo —respondió Croyton llanamente.

Croyton entornó los ojos.

—No tenías obligación, creo yo —dijo.

—Según se mire, Cadnoo. ¿Cómo te encuentras?

El rescatado levantó las manos, a la vez que agitaba los pies.

—Esposas magnéticas —dijo.

—Yo creí que aquí no... —estudió un momento los dos pares de argollas y luego añadió—: Son simples, no tienen más que el mecanismo magnético.

—Por eso funcionan. Pero mientras no pueda soltarme al menos una argolla, seguiré siendo inútil.

—Tendremos que hacer algo, en efecto. ¿Qué tal te daban de comer?

—No puedo quejarme. —Cadnoo se pasó la mano por la barba. Pero, claro, no me daban siquiera una mala navaja de afeitar.

—¿Sabes quién te trajo aquí?

—Nunca he visto más que a los centinelas, que no me dejaban solo en ningún momento, ni siquiera con la seguridad del muro de vidrio. Me

sorprendieron en Capital Central y me narcotizaron con pistola de gas. Cuando desperté, estábamos llegando ya a este lugar.

—Un buen ardid —comentó Croyton—. ¿Viniste a pie?

—Paracaídas —explicó el otro sucintamente.

—Eso lo explica en parte, aunque no del todo. ¿Qué clase de aparato pudo volar por encima del pico?

—Emplearon uno de tipo deportivo, con motor antiguo de explosión. Tú sabes que hay sociedades de chiflados a los que les gusta usar los medios antiguos de transporte, aviones, barcos de vela, coches con motor de explosión.

—Y ellos emplearon un avión.

—Cuyo motor cortaron al hallarse en las inmediaciones del pico. Planearon un poco y luego saltaron conmigo. El avión, por supuesto, se estrelló más lejos.

Croyton hizo una mueca.

—Debían de estar preparados para correr un riesgo semejante —opinó.

—Ahora y siempre, mientras existe el dinero, habrá hombres capaces de todo por una buena recompensa.

—Eso sí es cierto. Bien, ¿me permites ver las esposas?

Cadnoo alargó las manos. Croyton estudió las argollas de cerca y no tardó en llegar a una conclusión.

—Son las del tipo que se abren y cierran mediante una combinación —dijo—. Desconociéndola, resulta imposible quitarlas..., salvo de una manera.

—¿Cómo? —preguntó el otro.

—Aguarda un momento.

Croyton se levantó. La atmósfera de la cueva era ya perfectamente respirable.

Registró por todas partes y, al fin, halló lo que buscaba. Regresó junto al otro y se arrodilló a su lado.

—La mano derecha —pidió.

Cadnoo obedeció. Croyton trabajó unos momentos, hasta colocar en torno a las muñecas del rescatado sendos vendajes hechos con trozos de tejido inorgánico y, por tanto, aislante.

Luego sacó un cuchillo y manipuló en la cerradura de una de las esposas. De súbito, se oyó un vivo fuerte chasquido, a la vez que brillaba un vivo relámpago azulado.

Croyton sonrió.

—De no haber sido por esa precaución, podría haber muerto electrocutado —dijo.

—Sí, el cortocircuito era inevitable —convino el otro.

Las argollas de los tobillos saltaron de la misma manera. Cadnoo se puso al fin en pie y efectuó unas cuantas flexiones de brazos y piernas.

—Todavía me siento muy envarado —dijo, sonriendo.

—Es natural —contestó Croyton—. Pero se te pasará dentro de pocos días.

El rescatado miró a Croyton fijamente.

—Tú y yo nos parecemos como dos gotas de agua —dijo.

—Por eso estoy aquí. ¿Lo comprendes ahora?

—Oh —murmuró Cadnoo—. Creo que sí lo entiendo. Pero, ¿a quién se le ocurrió esa maravillosa idea?

—Oficialmente, al Primer Gran Secretario, si bien la encargada de llevarla a la práctica fue Tara Thoss.

—¡Caramba! De modo que Tara, ¿eh?

—Sí. Está alojada en casa de Smyria.

—¿Cómo? —Cadnoo iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Ha sido capaz de llegar hasta las montañas?

—Se lo ha tomado muy a pecho. Bien, ahora tenemos que emprender la marcha. Dentro de cinco o seis días, yo tengo que acudir a una cita en el barranco de los cuchillos.

El otro se quedó parado.

—¿Un duelo? —exclamó.

—No me queda otro remedio —respondió Croyton—. Es más, dada la identidad de mi adversario, te diré que no hay cosa que más desee.

—¿Quién será tu adversario? Se necesita ser muy valiente para tomar parte en un duelo de ese género.

—Se llama Carver Uhl-Havvus, el autor de todas nuestras desdichas.

Hubo un momento de silencio.

—Conque Carver, ¿eh? —murmuró Cadnoo poco después—. Oye, ¿por qué no me permites que yo...?

Croyton negó rotundamente.

—Olvida esa idea —dijo—. Este es un asunto que me concierne a mí personalmente y no dejaré que otro tome mi lugar.

El rescatado apretó los labios.

—Te diré una cosa, amigo mío; y no me siento ligado por ningún pacto. Si Carver te derrota, yo le enviaré a los infiernos, puedes estar seguro de ello —declaró con voz tajante.

—En ese caso, no podré impedírtelo. ¿Vamos?

Los dos hombres iniciaron el descanso. A los pocos minutos Croyton empujó a su amigo detrás de una roca.

—Cuidado, viene alguien —advirtió.

Un hombre trepaba penosamente por las empinadas pendientes de la montaña.

—¿Quién es? —preguntó Cadnoo.

—El tercero de los centinelas —explicó Croyton—. A estas horas, todavía debe de estar preguntándose cómo pudo apuñalar a un fantasma. Creyó que era yo y se llevó un chasco tremendo.

—Pero en esta zona no se puede efectuar proyecciones psicovisuales —exclamó el otro.

—Desde luego. Por eso empleé una proyección simple: una lámpara, una fotografía mía, simulando dormir... También eran simples mis detectores.

Cadnoo soltó una carcajada.

—Eres diabólicamente listo —dijo.

—Veremos si mi listeza sirve para derrotar a Carver.

—Suponiendo que acceda a pelear contigo.

—En tal caso, perdería el apoyo de los montañeses. Lucharé.

—¡Hum! No te fíes de él. Es un mal bicho, un traidor...

—Calla —susurró Croyton—. Ya tenemos ahí al tipo.

El tercer vigilante pasaba cerca de ellos sin advertir la presencia de los dos hombres. Su sospecha fue enorme al oír una voz que le conminaba a levantar las manos.

—O te haré volar en pedazos —añadió Croyton, apuntándole con el fusil.

El vigilante dudó un momento, pero una granada que silbó junto a su oreja, fue a estallar cien pasos más adelante, le acabó de convencer. Elevó las manos y se quedó quieto.

Los dos amigos le desvalijaron por completo. Croyton le quitó incluso las botas.

—Y da gracias por conservar la vida. Tus dos compinches no podrán contarlo —concluyó.

* * *

Pisando fuerte, con expresión altanera, Carver Uhl-Havvus entró en la sala donde aguardaban Smyria, Tara, Croyton y Cadnoo. Carver los contempló a todos con indiferencia y luego se encaró con la montañesa.

—He recibido tu aviso —dijo—. Aquí estoy.

—Tengo que comunicarte noticias muy interesantes —declaró Smyria—. En primer lugar, debes saber que hemos decidido, en cierto modo, declararnos neutrales.

—¿Cómo? —gritó Carver—. Obtuve apoyo...

—Las circunstancias han cambiado —dijo ella, inflexible—. Han ocurrido hechos que nos obligan a modificar nuestra decisión, la cual, sin embargo, puede tener efectividad nuevamente. Pero, en todo caso,

depende de ti...

—¿De mí? ¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, ¿eres ferviente partidario de Groof?

—Daría mi vida por él —contestó Carver orgullosa-mente.

Smyria sonrió.

—Muy bien —dijo—. Pronto vas a tener ocasión de demostrarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carver, receloso.

—Si tanto deseas que Groof acceda al trono, tendrás que sostener un duelo en el barranco de los cuchillos con Croyton Uhl-Armform. Nosotros, los del pueblo de Uhl-Hiaffar, daremos nuestro apoyo al bando al que representa el vencedor.

Carver se quedó boquiabierto.

—E... es un duelo a muerte —dijo.

—¿No has dicho antes que estabas dispuesto a dar la vida por el pretendiente? —le recordó Smyria irónicamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Carver, sacando pecho, dijo:

—Acepto, pero con una condición.

—Habla —pidió Smyria.

—Mi contrincante será Cadnoo.

—No hay inconveniente —repuso el aludido—. Pero yo también impongo otra condición.

—¿Cuál? —preguntó Carver.

—Desnudos de la cintura para arriba... Mejor dicho, sólo con un pequeño «slip». Y descalzos, naturalmente.

—Acepto lo del «slip», pero, ¿por qué descalzos?

—Porque el tablón que cruzará el barranco y sobre el cual peharemos, estará cubierto de vidrios rotos.

La cara de Carver griseó. Miró a Smyria y la montañesa hizo un gesto de aquiescencia.

—Es una condición que nosotros hemos aprobado —dijo.

Carver procuró rehacerse.

—En tal caso, dame dos días de tiempo —pidió.

—No hay inconveniente —accedió Smyria.

CAPITULO XIV

El barranco de los cuchillos era poco más que una zanja de diez metros de anchura por otros tantos de profundidad y unos cincuenta o sesenta de largo. Una tabla recia y sólida, de treinta centímetros de anchura y con el suficiente grosor para resistir el peso de dos hombres, cruzaba la zanja de lado a lado.

Miles de montañeses habían acudido de todas partes, ávidos de contemplar el duelo y formaban un espeso círculo en torno al lugar donde iba a tener lugar el mortífero combate. Los contendientes estaban ya preparados.

La pelea sería con los largos cuchillos montañeses, pero desprovistos de su mecanismo de teleguía. Tara temblaba de pavor.

Alguien lanzó un grito.

Los contendientes se situaron en ambos extremos de la pasarela.

Carver miró hacia abajo. En el fondo de la zanja y con las puntas hacia arriba, había centenares de cuchillos. La sola caída produciría una muerte horrible.

Luego contempló el tablón, erizado de finos cristales de bordes aguzados y cortantes. Frente a él, Cadnoo, provisto ya de su cuchillo, escrutaba atentamente el rostro de su adversario.

De pronto, Cadnoo creyó notar algo extraño en la figura de Carver. Su cintura le pareció de un grosor que no se correspondía en modo alguno con su estatura.

Carver había sido siempre un hombre esbelto y, pese a sus cualidades, de indudable atractivo para las mujeres. Preocupado, Cadnoo trató de adivinar a qué se debía aquel ligero pero anormal engrosamiento en la cintura de su enemigo.

—¡Adelante! —gritó Smyria.

Cadnoo avanzó impertérrito sobre los cristales. Car-ver lo hizo con más cuidado. Tara se mordía los puños para no gritar.

El silencio era absoluto. De pronto, Cadnoo adivinó la verdad.

—Estás haciendo trampa —dijo.

Carver sonrió despectivamente.

—Demuéstralo, farsante —le provocó—. ¿Crees que no sé que eres Croyton y que has ocupado el puesto del auténtico Cadnoo?

—Estás equivocado. Siempre he sido Cadnoo. El prisionero era Croyton.

Carver se quedó atónito. Miró a su adversario y comprendió la verdad.

—Conque todo fue un engaño —rugió.

—Lo siento. Croyton y yo éramos grandes amigos; hace muchos años que lo somos. Se nos ocurrió cambiar de personalidad durante una temporada..., pero no te diré los motivos, porque no son relevantes para ti.

Los espectadores estaban asombrados. Veían hablar a los dos contendientes, pero no oían sus palabras. Tara no era la menos intrigada de todos los presentes.

—Entonces... he perdido el tiempo —dijo Carver.

—Y algo más —respondió Cadnoo fríamente—. Me acuerdo de una hermosa muchacha muerta por tu culpa. Puedo olvidar todas las trampas que pusiste a mi paso, las tentativas de asesinato, el daño que hiciste a mi amigo Croyton, incluso..., pero tienes que pagar la muerte de Luri.

—¡Fue algo accidental! ¡Ella chocó contra Alcus!

—El cual actuaba bajo tus órdenes. Por lo tanto, eres responsable de todos los actos de Alcus.

Los ojos de Carver se bajaron hasta los pies de su contrincante.

—Y... estás apoyado en los vidrios sin sangrar... —balbució.

—Sin trampa, como tú.

—Tienes una falsa suela, que simula la piel —gritó Carver.

Cadnoo sonrió.

—Te equivocas, pero no te sacaré de tu error. En cambio, tú sí que has hecho trampas —acusó.

—Pero, ¿es que se van a pasar hablando toda la vida? —chilló un impaciente.

Sonaron algunos silbidos. Smyria impuso silencio.

—Cadnoo, Carver, basta de discusión —dijo autoritariamente.

Carver se puso en guardia. Cadnoo retrocedió un paso.

—Voy a demostrar que mi adversario ha hecho trampa —gritó—. Fíjense bien todo el mundo: «sus pies no tocan el suelo de vidrios.

Algunos de los espectadores más cercanos se tendieron en el suelo para comprobar la acusación de Cadnoo. Casi en el acto oyeron gritos de cólera.

Bruscamente, Cadnoo se tiró a fondo. Pero en lugar de clavar su cuchillo, lo manejó de abajo arriba.

Algo se rasgó en la cintura y el pecho de Carver. La falsa piel de su tórax se abrió, dejando ver el cinturón antigravitatorio que llevaba debajo.

Carver se desconcertó. Cadnoo atacó de nuevo y el cinturón quedó cortado limpiamente.

Se oyó un chillido aterrador. Los pies de Carver, falto su cuerpo de sustentación, acababan de posarse sobre el suelo erizado de vidrios.

El dolor le hizo dar un salto instintivo. Volvió a pisar los cristales y perdió el equilibrio.

Un espeluznante alarido brotó de su garganta. Durante un segundo que pareció no tener fin, se bamboleo espantosamente, intentando mantener el equilibrio. Luego se desplomó a un lado y se precipitó hacia el abismo erizado de afiladas hojas de acero.

Tara volvió el rostro a un lado para no presenciar el espectáculo. Un rugido colectivo brotó de miles de gargantas.

Cadnoo giró sobre sus talones y salió del tablón. Un montañés le cortó el paso.

Los ojos de Ravr Uhl-Hiaffar-1815 brillaron de admiración.

—Me gustaría ser tu amigo —dijo.

Cadnoo estrechó la mano que le tendían.

Sonriente, contestó:

—También yo hice trampa en cierta ocasión, Ravr. Pero entonces estaba justificado.

El montañés se echó a reír.

—De todas formas, creo que has ganado a pulso —dijo—. Te apoyaremos.

—Apoyaréis a Su Majestad Bettil XVIII —puntualizó Cadnoo con gravedad—, pues así fue convenido.

—Apoyaremos a quien tiene hombres como tú que lo defiendan —respondió Ravr con ojos brillantes.

* * *

Smyria en persona llenó las cuatro copas y luego pasó la bandeja a sus huéspedes. Tras el brindis. Tara fijó los ojos en Croyton.

—Nunca olvidaremos lo que has hecho por nosotros —dijo, conmovida.

El terrestre, se echó a reír.

—¿Yo? Bueno, si te refieres a pasar unas cuantas semanas encadenado, en una cueva... —contestó con ligero acento.

Tara se quedó atónica, creyendo comprender la verdad. Miró a Smyria y vio que la bella montañesa sonreía maliciosamente.

Luego se volvió hacia Cadnoo.

—De modo que durante todo este tiempo, yo he creído que tú..., que tú eras...

Tara se ahogaba de cólera. Cadnoo y Croyton parecían muy divertidos.

—Los dos... os habéis burlado de mí... ¡Y tú también, Smyria! Tú sabías que el hombre a quien yo creía Croyton no era sino Cadnoo.

—En eso tienes razón —contestó la montañesa—. En seguida supe yo darme cuenta de que no era Croyton; pero me figuré que Cadnoo tenía motivos para adoptar otra personalidad y no dije nada. Naturalmente, procuré influir en el consejo para ayudarlos; Croyton estaba prisionero y era preciso salvarlo.

Tara se sentía desconcertada.

—Será casual, pero es un parecido extraordinario —dijo—. ¿Cómo voy a saber yo ahora que Croyton es Cadnoo y viceversa?

Croyton extendió su mano.

—El es Cadnoo —indicó—. Y Smyria sabe muy bien que yo soy Croyton.

—¿Por qué lo sabe? —gritó Tara.

Croyton carraspeó.

—¡Ejem! ¡Ejem! No hagas preguntas capciosas —dijo—. Smyria podría ruborizarse.

—¡Oh! —fue Tara la que se sonrojó—. Pareja de sinvergüenzas... No, mejor dicho, trío de sinvergüenzas... Y tú —se volvió hacia Cadnoo—, eras mi prometido... y yo fui a buscarte a la Tierra, creyendo que eras Croyton... y ni un momento me sacaste de mi error...

—Se ve que no eras lo suficientemente lista, como Carver —respondió Cadnoo.

—¿Qué tiene que ver Carver?

—Empleó mi detector para localizar mi translator. Pero el detector no funcionó; no podía funcionar, porque marcaba la fórmula psicomolecular de Croyton, en vez de marcar la mía. No se le ocurrió otra cosa que pensar en deficiencias del aparato. A ti se te debiera haber ocurrido algo por el estilo, para comprobar la personalidad del supuesto Croyton. ¿Y si Carver hubiese pagado a un doble, con el rostro modificado quirúrgicamente?

—Creía que era listo, pero, en realidad, era bastante torpe. Groof se hubiera desilusionado mucho, de conocerlo a fondo.

—Era más ambicioso que inteligente o no habría estado golpeando todo el tiempo, sin conseguir apenas más que la muerte de una hermosa muchacha.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo —exclamó Tara—. Pero, ¿qué tenías tú

que ver con Luri?

—Éramos muy amigos —dijo Cadnoo, sonriendo maliciosamente.

—¡Hum! —dudó Tara—. Tendrás que hacerte perdonar esa traición, granuja.

—Tara, estamos a la par. Tú también traicionaste a Cadnoo con Croyton..., con el hombre a quien creías Croyton, pero que, en realidad, era yo.

Tara se puso colorada hasta las orejas.

—Será mejor que lo olvidemos —propuso.

—Al contrario; estas cosas deben recordarse con muchísima frecuencia —dijo Cadnoo irónicamente.

—Veremos —refunfuñó ella—. Una es mujer, débil y, en ciertos momentos, se encuentra muy sola... Pero, ¿por qué cambiasteis de identidad?

—Croyton y yo nos conocíamos desde hacía muchísimo tiempo. Croyton me pidió que tomase su puesto durante algún tiempo, aprovechando esta curiosa coincidencia de nuestro parecido. Yo no tenía nada mejor que hacer en esa época y acepté.

—¿Qué es lo que tenía que hacer Croyton?

—Pensaba pasar una segunda temporada en las montañas, junto a Smyria —respondió el aludido—. Creo que me quedaré aquí para siempre, a su lado. Lo que sucede es que entonces se produjo el secuestro y...

—Ya entiendo... —murmuró la muchacha.

—Cadnoo —dijo Smiria—, aún no nos has explicado cómo podías moverte sobre el tablón de los cristales sin herirte los pies.

—Es lo que se llama concentración de la voluntad —respondió el aludido—. Aislamiento total de la mente del cuerpo. Me lo enseñaron en la Tierra. Pasé dos meses en las faldas del Everest. Allí lo llamaban ciencia del «yoga». Me resultó muy útil, créeme.

—Sí, es cierto. ¿Y cómo descubriste la trampa de Carver?

—Su cintura. Me pareció más gruesa de lo normal.

—Comprendo, Cadnoo. Croyton y yo asistiremos a la coronación.

—Se os enviará una invitación especial, y puedes estar segura que las promesas que hice serán cumplidas.

—Así lo espero. —Smyria se volvió hacia Tara—. Pronto será la boda me imagino.

La joven dudó. Cadnoo pasó un brazo por su cintura.

—Ella sabe ahora quién soy yo de verdad —dijo, sonriendo.

—Todo un hombre —calificó Croyton.

Tara apoyó la cabeza en el hombro de Cadnoo.

—De eso no cabe la menor duda —contestó, feliz.

* * *

—¡Cordvil, amigo mío! ¡Qué alegría verte en mi fiesta de despedida!

—Querido Sardno, recibí tu psicollamada y he acudido en cuanto me ha sido posible. —Cordvil paseó la mirada por el jardín, en el que había algunas docenas de invitados—. Pero, ¿a qué se debe la fiesta, Sardno?

—He cambiado de opinión. Me voy a Marte.

—Oh —dijo Cordvil, sorprendido—. Supongo que has tomado la

decisión que más te conviene.

—En todos los sentidos, amigo mío. La cosa política se ha calmado notablemente, sobre todo después de que Groof hizo una pública y solemne renuncia de todos sus pretendidos derechos. Bettil XVIII está ahora más seguro que nunca en su trono.

—Que viva muchos años —deseó Cordvil—. Pero si es así, ha sido una buena jugada política.

—No debió de ser difícil, desapareciendo el ángel malo de Groof. Dicen que murió en una cacería en las montañas de Uhl-Hiaffar. Nadie lo va a echar de menos en este mundo, créeme.

—Nosotros, no, desde luego. Sardno, tendré que brindar por tus éxitos.

—Lo haremos juntos, buen amigo. Y me alegro mucho de ir a Marte, porque ya es hora de que reconozcan allí que los terrestres también somos seres humanos.

—E inteligentes.

—Como que todos los marcianos descienden de nosotros. No podía ser menos, claro.

F I N